1 montevideo
VISTO POR LOS VIAJEROS
aníbal barrios pintos



montevideo
VISTO POR LOS VIAJEROS
aníbal barrios pintos

PRESENTACION

Nadie sabe cuántos son los viajeros que llegaron a las costas uruguayas y dejaron sus apuntes sobre la vida y el paisaje de estas regiones en cartas, memorias, diarios, derroteros, informes, crónicas o ensayos.

A partir del texto enigmático de la "Newen Zeitung ausz Presillig Landt", considerado el impreso más antiguo que se conoce sobre el Río de la Plata, seguido por los relatos de Francisco Antonio de Pigafetta, Francisco Albo, Luis Ramírez, Alonso de Santa Cruz, Roger Barlow y Pero Lopes de Souza que nos consagró una admirativa estampa del paisaje montevideano, hay quienes afirman que, en el período que va desde los tiempos del descubrimiento hasta nuestros días, pueden registrarse más de quinientas visiones distintas de este territorio y sus habitantes.

Esos testigos de nuestra realidad constituyen riquísimos elementos de información para reconstruir nuestra peripecia histórica en la época hispano-luso-indígena, especialmente para conocer los principales acontecimientos en los siglos XVI y XVII, en cuyo período son, muchas veces, la única fuente documental de determinados sucesos de nuestra historia.

En etapas sucesivas, los viajeros de los siglos XVIII, XIX y XX, son particularmente valiosos, en su mayoría, para el estudio de la flora y la fauna, rasgos fisiográficos y toponimia regionales, aspectos edilicios, urbanísticos y económicos, hechos sociales y políticos, usos y costumbres, evolución de nuestros pueblos.

De la segunda mitad, y, más ajustadamente, del tercer cuarto del siglo XVIII, resaltan las descripciones de integrantes de comisiones científicas demarcadoras de límites con las posesiones lusitanas en América, que reconocieron minuciosamente nuestras costas, pueblos y campaña orientales. Hombres de acción y de relevantes dotes intelectuales como Francisco Millau, Félix de Azara, Andrés de Oyarvide, José María Cabrer, Diego de Alvear y Juan Francisco de Aguirre, entre otros, escribieron valiosos estudios geográficos, astronómicos, físicos, etnográficos y de historia natural. Aportan asimismo importantes informaciones los diarios de la expedición de las corbetas "Descubierta" y "Atrevida", comandada por el capitán Alejandro Malaspina y su colaborador inmediato José de Bustamante y Guerra.

Ante la vasta bibliografía existente sobre viajeros llegados a Montevideo, en este trabajo de divulgación limitaremos sus evocaciones al siglo XIX. Hasta hace relativamente pocos años estos testimonios permanecían en su mayoría en las bibliotecas de particulares, quienes con patriótico afán los fueron reuniendo pacientemente. Los montevideanos tuvieron oportunidad de observar, en la Exposición del Libro Antiguo realizada en 1946, algunas de estas joyas bibliográficas que hoy alcanzan opulenta cotización en el mercado internacional. Muchos de estos instrumentos de estudio y de interés público no han sido todavía vertidos de su idioma original al español, por cuyo motivo la gran mayoría de nuestros compatriotas aún ignora su mensaje.

En la actualidad, en las Bibliotecas Nacional, del Museo Histórico Nacional y del Instituto de Historia de la Facultad de Humanidades puede el estudioso de nuestro pasado tomar contacto con gran parte de estas obras, que son periódicamente consultadas, estudiades puede el estudioso de nuestro vestigadores procedentes de Argentina, Brasil y Estados Unidos.

Importa destacar la obra divulgadora, en nuestro medio, del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, del ex Concejo Departa-

mental de Montevideo y por supuesto la contribución fundamental de Horacio Arredondo. Desde otro enfoque, el prólogo de Ariosto González a la Iconografía de Montevideo. Recién en 1965 el Dr. Carlos Real de Azúa, en su penetrante estudio "Viajeros y observadores extranjeros del Uruguay", puso al día un repertorio de visitantes del siglo XX, del que se carecía. Cuatro años después, en la introducción a su selección de textos de viajeros del período 1850-1914, Rosanna Di Segni y Adela Pellegrino aportaron observaciones de indudable interés sobre las fuentes escogidas para su trabajo sobre la formación urbana de Montevideo.

El inglés es la lengua dominante de los viajeros del siglo XIX, aunque los hay también franceses, italianos, alemanes, holandeses, belgas, suecos y suizos. Entre ellos hay quienes han dedicado libros íntegros al Uruguay, como el italiano Giosué E. Bordoni, el belga Van Bruyssel y el alemán Otto Wonfch, que aún no han sido traducidos al español.

Además de observadores de mercados o de quienes llegaron a establecer contactos comerciales en América del Sur, son autores de esta literatura testimonial, naturalistas, colonizadores, botánicos, periodistas, literatos, políticos, científicos, geógrafos, educacionistas, directores de orquesta, misioneros, diplomáticos, técnicos, mineralogistas, militares, jefes de escuadra, especuladores, pintores, cirujanos, ingenieros, publicistas, escritores, impenitentes viajeros y, por cierto, también exiliados.

La mayoría de sus libros fueron leídos con avidez y entusiasmo en Europa. Algunos autores alcanzaron el privilegio de reiterar su primera edición ante el creciente interés de su obra; un libro como "Viajes por la América Meridional. . ." de Félix de Azara —un caso excepcional— fue dado a conocer no en el idioma original en que fue escrito, sino en versión francesa. Luego fue publicado en prensas de Alemania, Austria e Italia.

Algunas veces fueron importante fuente de información para gobiernos que se interesaban por conocer la dinámica del escenario sudamericano y los hombres que lo habitaban, a través de testimonios personales directos. Seguramente también habrán inspirado y decidido el viaje de muchos inmigrantes que vislumbraron, a través de coloridos relatos, el porvenir halagüeño de las regiones rioplatenses.

Anota con acierto S. Samuel Trifilo que hoy, sentados cómodamente, podemos ver el mundo a través de noticieros, traveloques, películas de largo metraje o en la pantalla de televisión. Pero para el europeo del siglo diecinueve la literatura de viajes era sumamente importante y no pocas veces aquellos libros constituían la única fuente de información sobre estas tierras y sus pueblos.

Es cierto, como dijimos alguna vez, que el cristal de colores de una cultura refinada les impidió, en ocasiones, ver las potencias del primitivismo social, la gravitación de las injustas apropiaciones económicas, el peso de una naturaleza casi virgen. Pero no es menos verdadero que descubrieron, por la fuerza de los contrastes, rasgos peculiares de la sociabilidad, del ser y del existir de los pueblos trasplantados y mestizados, que enriquecen la visión de los historiadores y proporcionan el color anecdótico, el detalle imprevisto, la ambientación precisa. Además tienen el encanto de la contemporaneidad respecto al frío dato cronológico, y el sabor que brinda la información de un testigo ocular, con todos los peligros de lo subjetivo y todo el atractivo de lo temperamental.

La brevedad de la visita de quienes se dirigían a otros países de América del Sur como Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Perú, o de los que llegaban a nuestros muelles en rápida recorrida del mundo, obviamente les impidió captar una imagen cabal del Uruguay, y a veces complementaron sus observaciones superficiales con las espigadas en libros de otros autores. En general, la errónea interpretación de los hechos —principalmente políticos— se debe al hecho de aceptar como artículo de fe la opinión de quienes frecuentaban su trato. Faltó en otros la sensibilidad necesaria para apreciar los matices de los móviles que condujeron al prócer José Artigas a tomar alguna de sus decisiones históricas. En cuanto a los aspectos religiosos, lógicamente privó la propia creencia del viajero.

Deben tomarse asimismo con reserva las afirmaciones de aquellos que pudieron sentirse resentidos por el trato recibido entre nosotros, aunque tanto John Mawe como Jullien Mellet, que fueron aprisionados, nos juzgan con objetividad y desapasionamiento. La circunstancia de escribir tiempo después de los sucesos determinó a su vez

que algunos incurrieran en errores históricos. Deben ser corregidos por quienes tengan a su cargo la anotación de las versiones españolas de los textos originales.

La mayoría de los visitantes dejaron descripciones de Montevideo. Sólo alrededor de una veintena de ellos llegaron por la vía fluvial del Uruguay hasta nuestros pueblos del litoral oeste. Destacamos la visita, en 1815, del escocés Juan Parish Robertson al general Artigas, en Purificación, por habernos legado la divulgada semblanza del caudillo. Los que arriban después de la Guerra Grande —los más— reiteran sus impresiones sobre los saladeros, principalmente del Liebig's fraybentino. Colonia ejerce también atracción sobre los viajeros, que la observan con mirada escudriñadora y retrospectiva.

A nuestro juicio fue Auguste de Saint-Hilaire, que recorrió íntegramente nuestros litorales del Plata y del Uruguay, el más brillante observador de nuestra vida rural. Pero también brindan relatos de gran utilidad entre otros, Arsène Isabelle, Friedrich Sellow, W. R. Kennedy, Thomas Woodhine Hinchliff, Augustus Peabody, L. H. Murray, E. R. Pearce Edgcumbe, Otto Wonfch, L. B. Mackinnon, W. H. Hudson, Robert B. Cunninghame, Grahame, A. G. Hall, William Hadfield, Eugène de Robiano y Enrico Hillyer Giglioli.

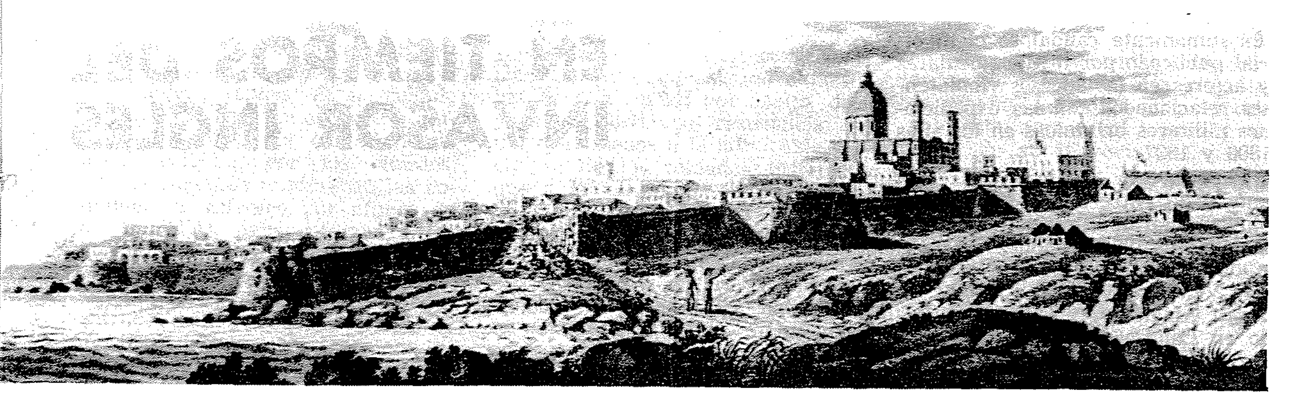
En el siglo XIX, con excepción de autores que relataron la invasión inglesa y los conocidos Jullien Mellet y Charles Darwin, pocos son los que visitan Maldonado. Son contados también los que describen nuestros pueblos mediterráneos.

Sólo ha llegado a nuestro conocimiento la impresión sobre Montevideo de tres mujeres: Rose De Saulces de Freycinet, a través de su Diario; Lina Beck-Bernard, que observó el "aspecto oriental" de Montevideo desde la cubierta del barco que la transportó al Plata, y Eva Canel, que describió los candombes de los negros de 1874.

No es de extrañar que en los relatos de los viajeros se expongan con reiteración aquellos aspectos que han despertado su más vivo interés.

Los que llegan a Montevideo en el período hispánico, formulan ineludibles referencias del puerto, de las defensas de la ciudad, del Cerro, del teatro, del mercado, de las chácaras, de la opulenta alimentación de los habitantes, del abandono en que se encontraba la higiene pública (abundancia de ratas en los primeros años del siglo, de perros, de desperdicios en las calles, del mal estado del pavimento, del vestir lujoso de las mujeres y su afición por fumar y por la música (sólo un viajero, soldado del regimiento 71 o de Glasgow durante las invasiones inglesas, no elogia su belleza y las considera feas), de la indolencia del hombre, su inclinación por el juego y sus frecuentes disputas, de su principal elemento de movilidad, el caballo, de los huecos que servían para apilar cueros, producto básico de las exportaciones, de la fertilidad de las tierras de la región y de su brillante porvenir económico, de la celeridad con que se iba levantando la ciudad desde sus primitivas viviendas de cueros hasta las de material, en su mayor parte de piedra y de ladrillo. En épocas posteriores, además de los aspectos políticos comunes a todas las épocas, en la Cisplatina llamaba la atención de los viajeros la excelente situación geográfica de Montevideo, el viento pampero que reina frecuentemente, la disminución de su población en los primeros años, sus fiestas y diversiones, las figuras del general Lecor y del vicario Dámaso Larrañaga, los arrabales en ruinas; en los primeros tiempos del Uruguay independiente, las tertulias, los saladeros y la caza de caballos salvajes, detalles del comercio de importación y de exportación; durante el Sitio de Montevideo, lógicamente sus principales incidencias, su esfuerzo bélico, el campamento del general Manuel Oribe, la influencia extranjera, la vida social, el ambiente periodístico y literario.

Los viajeros registran una realidad distinta después de la Guerra



La ciudad murada de San Felipe de Montevideo, luego de haber sido tomada por los ingleses.

Grande. Adela Pellegrino y Rosanna Di Segni han señalado puntualmente los principales aspectos observados por casi todos los llegados en épocas posteriores: su situación geográfica de privilegio, la importancia del puerto, su característica de ciudad cosmopolita y en expansión, sus viviendas con miradores y patios interiores (algunos la comparan con Andalucía, otros con Cádiz en particular y hay quienes nos hablan de su aspecto oriental), las alternativas de nuestra política, el grado de desarrollo comercial, la vida social y cultural, las diversiones, las comodidades que ofrecen los ferrocarriles, el telégrafo, los barcos de vapor, las ventas de tierras a plazo, los barrios y su constante desarrollo, la quinta de Buschental, la fulgurante época de Reus, la paralización durante la llamada crisis del noventa.

Carlos Real de Azúa, refiriéndose a los viajeros ingleses, señala que todos sabían gustar tanto del lujo de un hotel de ciudad, de una conversación inteligente o de una mesa bien servida como de la destreza y elegancia de un jinete gaucho, de un horizonte vacío o de un soleado silencio campesino... Habitantes del mundo de la máquina, el tiempo tenía un valor para ellos. Es con la ironía y no con la diatriba que enfrentan la deliciosa lentitud sudamericana.

Tampoco estaban expuestos —agrega— al espejismo y magnificación de la perspectiva aldeana. Sabían entonces reducir a su verdadera medida nuestros próceres, nuestros estrategos, nuestras batallas, nuestras pasiones, nuestras arengas, nuestras frases. Es por eso que el mundo en pantuflas que nos han dejado, aunque puede carecer a veces de la inteligencia de las proporciones es siempre más verdadero que el de la hagiografía nacionalista y partidaria.

Hechas estas advertencias, podemos aproximarnos, por el sistema del muestreo, a una selección de páginas escritas sobre Montevideo por algunos viajeros que llegaron a sus doradas costas en el siglo XIX. Aun cuando conforman una visión parcial y limitada, pueden brindar la pauta de otros testimonios que omitimos.

Vienen por oleadas, eclipsándose en las épocas de mayor actividad bélica o de decadencia económica. El lector advertirá de inmediato el estilo nítido, sin literatura, y ciertamente ameno y comunicativo que los individualiza y a la vez los diferencia de las páginas de Isidoro de María, Antonio N. Pereira y Daniel Muñoz, nuestros más conspicuos memorialistas y evocadores de ese siglo.

EN TIEMPOS DEL INVASOR INGLES

Es sumamente caudaloso el material publicado por testigos oculares y actores en los sucesos rioplatenses relacionados con las expediciones militares británicas en los años 1806 y 1807.

La mayoría de las obras son anónimas; entre ellas se distingue, por su claridad expositiva y sus abundantes observaciones sobre la ciudad de Montevideo, "Notes on the Viceroyalty of La Plata in South America...", libro publicado en Londres en 1808.

Juan Parish Robertson nos ha dejado esta emocionada remembranza de su llegada al Río de la Plata en 1806, cuando sólo contaba 14 años de edad. Fue difundida años después, en 1838, integrando las páginas de "Letters on Paraguay".

EL BOMBARDEO Y ASALTO A LA CIUDAD

"Pronto tomamos fondeadero frente a Montevideo, entre cientos de barcos que se encontraban en nuestra misma condición. Oíamos el estampido del cañón y veíamos las baterías que arrojaban balas y granadas mortíferas a las casas de los atemorizados habitantes.

"Montevideo es plaza fuerte y regularmente fortificada. En el puerto se veían botes atareados yendo de un barco a otro; se veían bergantines de guerra navegando cerca de las murallas y bombardeando la ciudadela; los cañones eran dirigidos con certera puntería a la parte de la fortificación elegida para abrir brecha; y el mortero descargaba en parábola mortífera sus bombas destructoras.

"Miles de espectadores desde los barcos escudriñaban, en ansiedad afanosa, el efecto producido por cada granada en la ciudad y por cada bala en la brecha. Las frecuentes salidas de las tropas sitiadas y los rechazos que invariablemente sufrían, daban animado pero nervioso interés al espectáculo.

"Una mañana, por fin, antes del alba, el trozo de muralla en que estaba «la inminente brecha mortal», fue envuelto, como se vio desde los buques, en una poderosa conflagración. El estampido del cañón era incesante y la atmósfera una densa masa de humo impregnada de olor a pólvora. Percibíamos, con auxilio de anteojos nocturnos, y del fogonazo de los cañones, que se desarrollaba una lucha a muerte en las murallas. Después se produjo una pausa tremenda, una tristeza profunda y solemne. La carnicería tocó a su fin; y luego la aurora nos dejó ver la bandera británica desplegada y flameando orgullosa sobre los bastiones. Un grito triunfal simultáneo se elevó de la flota entera; y miles que habían estado ayer suspendidos entre la duda y el temor, volvieron a dar libertad ilimitada a la perspectiva del feliz y próspero resultado de su empresa.

"Desembarcamos aquel día para encontrar que nuestras tropas estaban en completa posesión de la plaza. ¡Qué espectáculo de desolación y miseria se presentaba a cada paso ante nuestros ojos! La carnicería había sido terrible, en proporción al valor desplegado por los españoles, y al valiente e irresistible empuje con que las masas fueron dominadas y los cañones silenciados por el inglés.

"Primero la compañía de granaderos del Nº 40, llevando el primer asalto, erró a la brecha y, con excepción del capitán Gillies y unos pocos hombres, fue aniquilada por los cañones que la flanqueaban. Entonces siguió el bravo coronel Vassall al frente del regimiento 38. Descubrió la brecha, la trepó, y mientras blandía su espada y animaba a sus hombres al ataque, recibió una bala en el corazón. Se siguió un espantoso conflicto. La

brecha estaba repetidamente barricada con pilas de sebo en cueros y con cueros vacunos. Éstas, cuando dieron paso, echaron a nuestros soldados dentro de la ciudad donde eran recibidos por los sitiados. Además, cuando marchaban las columnas de refresco por afuera de las murallas, para reforzar a los que escalaban la brecha o estaban sobre los bastiones, y cuando éstas seguían a los grupos que habían entrado primero en la ciudad, la mortandad por ambos lados era terrible y sin interrupción. Montones de heridos, muertos y moribundos se veían por doquier, y a cada paso encontrábamos literas llevando pacientes a los distintos hospitales e iglesias. Podíais ver aquí la hermana infeliz buscando desesperada a su hermano; y allí la viuda abandonada en busca del marido. Después de cerciorarse de que no estaban entre los vivos, procuraban tributarles, con la solemnidad conveniente, los últimos rezos requeridos por la muerte aquende la tumba.

"Un mero campo de batalla no puede contener la mitad de los horrores de una ciudad tomada por asalto. En este caso el dormitorio conyugal y el círculo de familia están igualmente expuestos a la violencia; los parientes más cercanos, los amigos más queridos son separados por la espada de la muerte en presencia unos de otros; mientras, para aumentar el horror del espectáculo, la lascivia, el pillaje y la ebriedad adquieren dominio sin control en los corazones recios de los vencedores. Tales espectáculos, aunque no pudieron evitarse del todo, fueron relativamente escasos en la toma de Montevideo; y esa minoración de las consecuencias naturales que siguen a la toma de una ciudad por asalto, después de obstinada resistencia, se debió no menos a la admirable disciplina de los soldados británicos que a la energía y filantropía de Sir Samuel Auchmuty.

"En una o dos semanas habían desaparecido los más prominentes estragos de la guerra, y un mes después del asalto, los habitantes tenían tanta confianza en los invasores como era posible esperar de la alterada posición relativa en que ambos se encontraban.

"Esta confianza relativa se atribuyó principalmente al espíritu y gobierno equitativo del comandante en jefe. Permitió que las instituciones civiles del país permaneciesen inalterables y se condujo con la más grande afabilidad para todos los habitantes.

"Éstos empezaron gradualmente a cambiarse recíprocas atenciones con los ingleses; y cuando yo consideraba no solamente la manera hostil en que cayeron sobre ellos, sino la diferencia de religión que a menudo engendra pasiones más violentas que la guerra misma, era imposible escatimar a los españoles el elogio por haber sacrificado al decoro exterior los sentimientos enconados de orgullo humillado y esperanza desvanecida que deben haber abrigado.

"De cómo los soldados, comerciantes y aventureros extranjeros de todas clases encontraron alojamiento en la ciudad, no es fácil decir. Se acomodaron en todos los ángulos y rincones; de manera que pronto tuvo más apariencia de colonia inglesa que de fundación española. El número de habitantes, en tiempos de la captura, era alrededor de diez mil; cría mezclada de españoles, criollos y, proporcionalmente, numerosos negros y mulatos, en su mayoría esclavos. A esta población se agregaron después de la toma de la ciudad unos seis mil súbditos ingleses, de los que cuatro mil eran militares, dos mil tratantes, comerciantes y aventureros y una banda sospechosa que escasamente revistaría aun en la última denominación."

Ya están enseñoreados de la plaza fuerte de Montevideo, en el verano de 1807, los ingleses comandados por Sir Samuel Auchmuty, que sustituyeran en el ataque a la ciudad a "la expedición filibustera" de Sir Home Popham.

Dejemos que Robertson sueñe con la esperanza de que pronto los tesoros de las ciudades de la América española y los rebaños y ganados de sus llanuras quedarían a disposición de sus compatriotas.

AQUEL MONTEVIDEO DE 1807

Un Diario de la expedición del brigadier Craufurd, llegada posteriormente al Plata con destino a la conquista de Chile, proporciona una minuciosa descripción de la ciudad y de las plácidas y primitivas costumbres de sus habitantes.

"La Ciudadela —dice su anónimo autor—, aunque fuese un puesto de honor, resultó un cuartel sin importancia: no había habitaciones sino sótanos construidos a prueba de bomba, y los hombres no estaban provistos de nada más que de una manta. De los oficiales había cuatro, cinco y aun seis, en un solo cuarto, y las aberturas de las pa-

redes, que hacían el oficio de ventanas, no teniendo vidrios, nos dejaban ya en la oscuridad, ya expuestos a las inclemencias del tiempo."

"...La ciudad está erigida sobre una lengua de tierra en uno de los puntos de la bahía, y está construida como Buenos Aires; elevando las construcciones en calles estrechas con intersecciones de ángulos altos y rectos; muchas de ellas están pavimentadas en el medio (pero muchas se mantienen empedradas), algunas aceras embaldosadas aquí y allá; aquí la gente se preserva por partes colocados a iguales distancias, de los asaltos y crímenes, y de noche por buenas luces. No hay una sola calle que no tenga nombre del santoral, correspondiendo en algo a las de Buenos Aires, y también las casas; muchas de ellas son excelentes. Están numeradas como en Inglaterra, fuera de los característicos balcones, y de las ventanas del piso bajo fuertemente avanzadas hacia el exterior; los sobretechos (aleros) dan a la ciudad una sombra aparente, necesidad exigida por el clima, y debido a los residuos arrojados a la calle es necesario vivir con una entera ventilación manteniendo abiertas las ventanas; lo que si no sería sombrío y duro de soportar... Las sillas, mesas, etc., son, por lo común, muy viejas y de formas anticuadas; pero se trata de un pueblo reacio a todo progreso, y les hace falta encontrar por sí mismos la ocasión. El gran patio, interior en cualquier casa, de forma cuadrangular, tiene muchos pequeños depósitos o canteros en el centro, y están adornados con vasos, con aromatizadores llenos de perfume, y rodeados por naranjos y viñas.

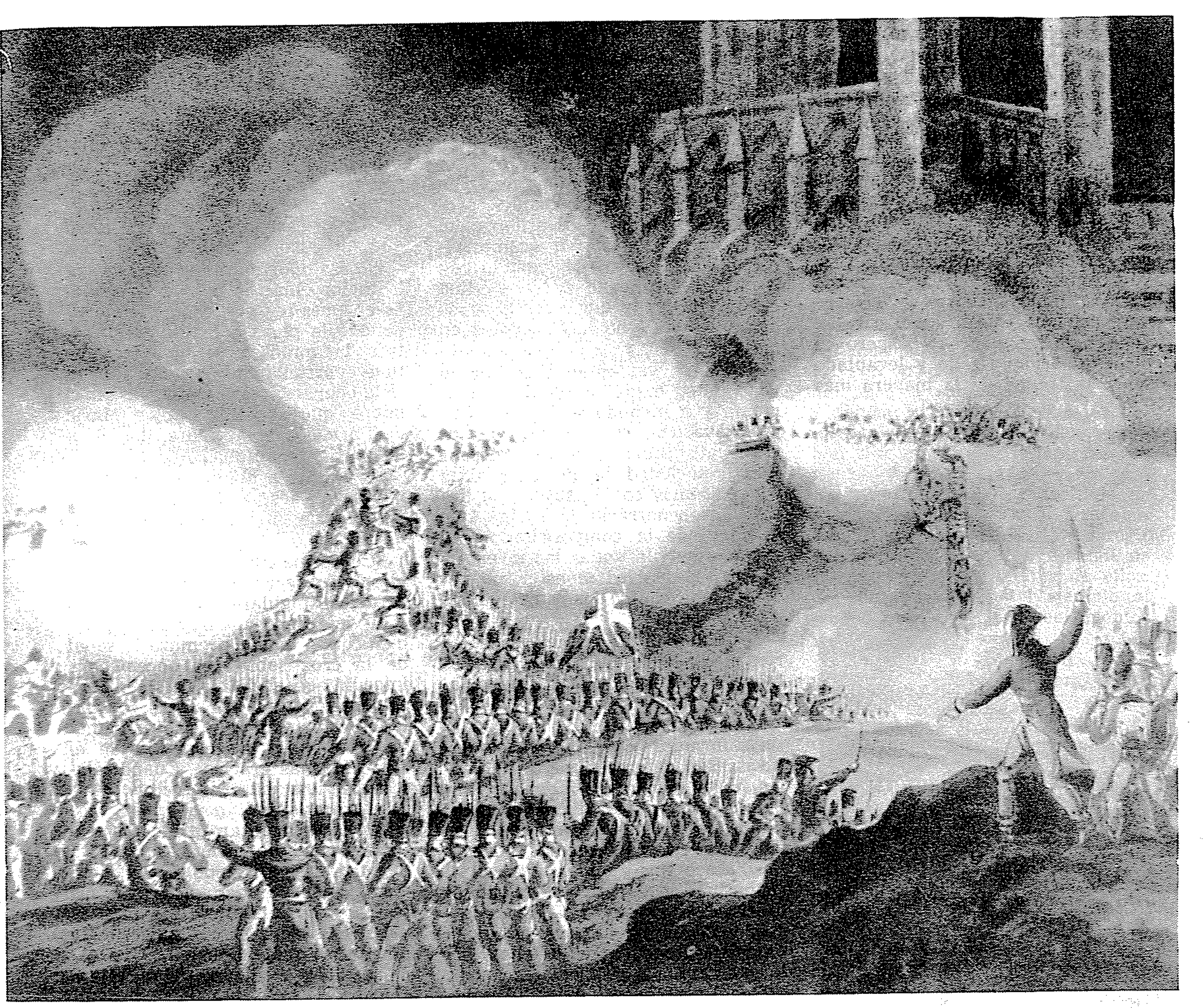
"La ciudad está defendida hacia el mar por fuertes baterías, provistas de hornos y las necesarias máquinas para lanzar bombas, y por el pequeño fuerte de San Felipe. La bahía está también protegida por el islote de Ratones, o isla de Ratas, la cual tiene montados pesados cañones. La Ciudadela mira hacia el continente, está regularmente fortificada, tiene bastiones en sus flancos, apoyados por un rebellín, y separada por una zanja profunda. Está protegida del lado de la ciudad por un puente levadizo a prueba de bomba."

USOS Y COSTUMBRES DE LOS HABITANTES. SU CULTURA

John Mawe, que dedicara su vida al estudio de las ciencias naturales, especialmente de la mineralogía, llegó a Montevideo en viaje de negocios en junio de 1805. Suponiéndolo espía, las autoridades españolas lo confinaron en una estancia del departamento de Lavalleja. Mawe, que cultivó amistad con el naturalista Pbro. Dámaso Antonio Larrañaga, fue liberado durante la invasión inglesa y acompañó la expedición de Whitelocke a Buenos Aires en 1807. Dice el autor, mencionando algunos de los rasgos más característicos de los criollos: "Son humanos y bien dispuestos, cuando no actúan movidos por los prejuicios políticos o religiosos. Sus hábitos de vida son muy parecidos a los de sus hermanos de la vieja España y parecen de la misma notable unión de dos cualidades opuestas pero no incompatibles, la indolencia y la templanza. Las damas son generalmente afables y atentas, sumamente aficionadas a ataviarse, muy limpias y aseadas en sus personas. Adoptan en el hogar vestimentas inglesas pero cuando salen visten de negro, siempre cubiertas de un largo velo o mantilla. Cuando van a misa invariablemente lo hacen con vestidos de seda negra, ribeteados. Deleitan con su conversación, que se distingue por su vivacidad, y son muy corteses con los extranjeros."

Amables recuerdos tiene para una de las mujeres montevideanas —María de Parides— un soldado del Regimiento 71º de Glasgow, quien después de la toma de la ciudad permanece en ésta durante siete meses. Precisamente en casa de dicha joven viuda —cuyo esposo fue muerto en el primer ataque a la plaza— y de su anciano padre, fue alojado este autor anónimo cuyo libro fue reeditado en el mismo año de su primera impresión: 1819.

"Era de talla pequeña pero de elegante aspecto. Era muy morena, como las demás mujeres del país; sus brillantes ojos eran negros como el azabache y sus dientes blancos y parejos. Cuando se engalanaba llevaba su propio pelo —que era muy largo y de un negro lustroso— en trenzas que le caían a lo largo de la espalda, a la usanza del país. Su traje era sumamente sencillo: un negro velo cubría su cabeza y su mantilla se anudaba, de la manera más graciosa, debajo del mentón. Así era el atavío general de todas las mujeres: la única diferencia consistía en el color de sus mantillas y de su calzado; éste

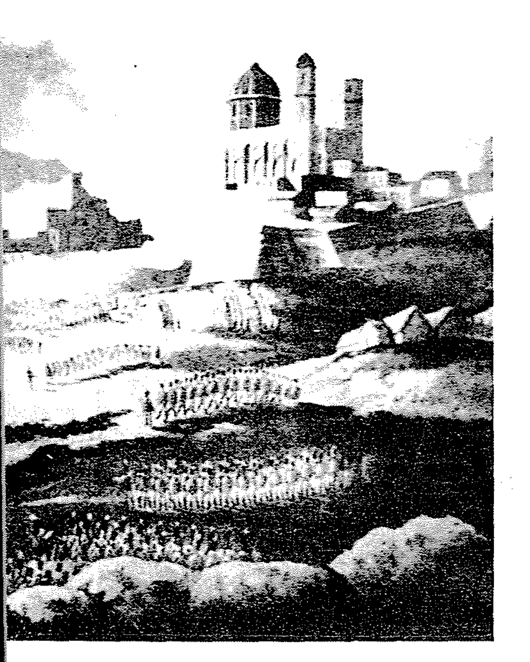


Asalto de Montevideo por las fuerzas británicas, a las dos de la madrugada del 3 de febrero de 1807.

era frecuentemente de todos los colores y, a veces, el velo era blanco."

Muy intensos deben de haben sido los sentimientos que le inspirara María de Parides, o quizá Paredes, a este soldado inglés, pues es el único viajero en todo el siglo XIX que desestima, como ya dijimos, la reconocida belleza de las demás representantes del sexo femenino:

"Las mujeres nativas era las menos graciosas que jamás hubiera yo contemplado. Tienen anchas narices, labios gruesos, y son de muy pequeña estatura. Su cabello, que es largo, negro y áspero al tacto, lo llevan rizado y levantado sobre la frente, de la manera más horrible, mientras cae por detrás de sus espaldas hasta más abajo de la cintura. Cuando se engalanan, entrelazan en él plumas y flores y se pasean en la plena ostentación de su fealdad."



Agrega que su pollera era corta y angosta, "permitiendo ver bien los tobillos; sólo un abanico protege sus rostros de los ardores del sol; nunca salen sin ir acompañadas por sus esclavas, y cuando van a misa, éstas llevan el libro y una alfombrita para que su señora se arrodille, pues no hay asientos en la iglesia".

"...Rara vez están fuera de la vista de su madre antes del matrimonio y a menudo se las sacrifica a la avaricia, vejez y decrepitud; esto, naturalmente, las hace desear más la sociedad de uno cuya alma congenie más con la suya, y si llegaran a encontrarlo, la intriga, que es parte de la composición de la mujer española, todas las invenciones del geen eved monster, no podrían nada contra las estratagemas de una bella."

No podía faltar en sus comentarios el concepto que le merecen los montevideanos, que deja así trazado en su Diario:

"Los hombres son de corta estatura, fornidos y de fuertes coyunturas. Son valerosos, pero indolentes hasta el exceso. Los he visto galopar aquí y allá sobre sus caballos, casi en cueros, con espuelas de plata en sus desnudos talones, y si acaso una raída manta sobre sus espaldas. No tienen miedo al dolor; los he visto con heridas horribles de mirar, aun cuando nunca parecían preocuparse de ellas. En lo que respecta a su indolencia, los he visto permanecer extendidos durante un día entero, contemplando el río, y a sus mujeres traerles sus alimentos y si no estaban conformes con su cantidad, llegar hasta a golpearlas furiosamente. Éste es el único esfuerzo que siempre hacen con prontitud: descargar su furor sobre sus mujeres. Prefieren la carne a cualquier otro alimento, y la comen casi cruda y en cantidad que un europeo creería imposible.

"Pocas oportunidades tuve de ver la mejor clase de pobladores españoles, pues todos ellos habían abandonado la plaza antes de que nosotros la tomásemos; aquellos que tuve oportunidad de conocer durante la ocupación eran de la clase más pobre, que solían visitar a María de Parides y a su padre, don Santanos" [¿o Santana?].

En cuanto a algunas costumbres, nos señala estos aspectos que los jóvenes de hoy deben considerar insólitos:

"Conforme me familiaricé con el idioma, observé muchos rasgos de carácter singulares. Cuando María o el viejo Santanos bostezaban, hacían con la mayor premura la señal de la cruz sobre sus bocas, para impedir que el diablo se les metiese dentro por sus gargantas. Si Santanos estornudaba, María exclamaba «¡Jesús!»; la respuesta de él era: «Muchas gracias». Cuando llaman a una puerta, dicen: «Ave María purísima», y al punto les abren, pues piensan que nadie que llevase mala intención usaría esta devota frase. Cuando se encuentran con una mujer, dicen: «A sus pies, señora», o «Beso los pies de usted»; al separarse él dice: «Me tengo a sus pies de usted», o «Bajo de sus pies», y ella responde: «Beso a usted la mano, caballero». Cuan-



Brecha localizada por el capitán inglés Renny. Fue herido de muerte mientras la trepaba. En el asalto murieron también los tenientes coroneles Brownrigg y Vassall.

do se despiden de cualquiera, dicen: «Vaya usted con Dios», o «con la Virgen». Cuando están de mal humor, es en ellos frase común: «Vaya usted con cien mil demonios».

"...Poco tiempo antes de la evacuación del país, muchas de las familias volvieron a la ciudad, y el general Gorver ofreció un baile a sus relaciones, que empezó con un minué dirigido por el dueño de la casa, general Balbiani, a su pedido especial, pues estaba notablemente orgulloso de su modo de bailar..." Robertson nos cuenta sobre las tertulias de la época, reviviendo el pasado en sus recuerdos:

"Fui invitado a varias de estas reuniones vespertinas y encontrélas entretenimiento combinado de música, baile, café, naipe, risa y conversación. Mientras las jóvenes valsaban y hacian la corte en medio del salón, las mayores, sentadas en fila sobre lo que se llama estrado, charlaban con todo el esprit y vivacidad de la juventud. El estrado es una parte del piso levantado en el testero del salón, cubierto con estera fina en verano, y, en invierno, con ricas y hermosas pieles.

"Los caballeros se agrupaban en distintas partes de la habitación; unos jugaban a los naipes, otros hablaban y otros bromeaban con las damas mientras los más jóvenes, alternativamente, se sentaban junto al piano, admiraban al cantor o bailaban en fantásticas puntas de pie con graciosísimas compañeras. Me parecía encantador cada paso y figura y pirueta. Todas las damas que vi en Montevideo valsaban y se movian en las intrincadas figuras de la contradanza con gracia inimitable, como resultado de soltura y refinamiento naturales. Luego eran tan dadas a corregir las pequeñas faltas en español de los extranjeros sin reírse de ellos, que mostraban con el ejemplo al mismo tiempo buenos sentimientos y buenas maneras."

Retornando al "Diario de la expedición del brigadier general Craufurd", nos advierte que "sus modos son francos, y su pasión es como la llama que ha estado por mucho tiempo oculta sólo esperando la oportunidad para estallar con mayor ardor; poseen buen humor, mucha vivacidad y pronta inteligencia". Agrega que "el sexo femenino es amante del baile y valsan de un modo exquisito; muchas saben música, y con frecuencia se oye al pasar el sonido del piano o los tonos de la guitarra; pero sus adornos raras veces pasan de esto; y aun se dice que pocas saben escribir antes de casarse y son muy

poco inclinadas a los libros y lecturas; sólo hay aquí una librería [la de José Fernández Cutiellos] y en ella habrá sólo 20 ó 30 volúmenes".

LAS DIVERSIONES. LOS JUEGOS

No funcionaba la Casa de Comedia, fundada en 1793, que según Lauro Ayestarán constituyó, para el montevideano de entonces, verdadera pasión.

El autor que citamos nos dice que el Teatro estaba ocupado por algunos comerciantes, como almacén y casa de almoneda. "Allí vi —acota— mercaderías de pacotilla, azúcar, cabezas de cerdo, etc." Luego consigna su descripción en estas líneas:

"La casa era enteramente buena, pero sus dimensiones escasas; estaba dividida en diversos puntos, al igual que los sitios de diversión de esta ciudad; pienso que sea como el Teatro de la Ópera y otros muchos teatros extranjeros; la cabeza del apuntador aparece por una puertecita abierta en el piso. Aquí no hay galerías y los palcos bajos están al ras del suelo. Presumo que en el área del patio, en la cual los asientos están divididos, los asientos de palco son sillones para ocho personas, y que habrá un límite para la admisión de asistentes, pues si esto no interesa tanto a los propietarios, en cambio ha de importar mucho a los espectadores, y conviene proteger a éstos de los empujones, apretones y pinchazos, según enseña la experiencia en los salones de fiesta de Inglaterra.

"La techumbre está soportada por pilastras de grandes dimensiones, las cuales, sin perjuicio de su agradable estructura, quitan la vista de gran parte de la audiencia con la única ventaja de ofrecer un hermoso conjunto."

Refiriéndose a otras diversiones y juegos escribe el observador inglés:

"Constituyendo las corridas de toros la diversión favorita de los nativos, es superfluo decir que también hay aquí un Anfiteatro."

"...Mi opinión respecto de la indolencia de las costumbres, la cual está infiltrada en todas las categorías sociales, vióse plenamente confirmada. Los hombres, envueltos en sus largos mantos o capas, dejan pasar el tiempo sin abandonar el cigarro de los labios, matando las horas en el billar, en la caja y en otras parecidas diversiones.

"Por la noche es de rigor asistir al café, y así esos sitios se ven atestados de gente, y los hay en todas direcciones. Allí se juega con furor toda la noche y los doblones circulan en profusión.

"A través del juego se percibe su conducta liberal, pues son leales en él. Algunos de mis paisanos introdujeron el cubilete de dados, ocasión que sirvió para juntar a los parroquianos, quienes adoptaron el sistema con entusiasmo, lo cual dio pie a que fueran asaltados con avidez por la mayoría de los mercaderes, quienes habiendo dejado Inglaterra con fines de especulación, determinaron entonces quedarse para arriesgar su suerte al azar de los dados. Enormes provechos obtuvieron, llenando de dinero sus bolsillos, sin que hubiera uno que no quedase satisfecho por haber el negocio colmado las exigencias de grande y espléndido porcentaje."

EL COMERCIO, LAS PULPERIAS, LA ALIMENTACION

Nos sigue diciendo el autor: "Las tiendas, con la sola excepción de aquella de los Mercantes, son miserables, y contienen muy pocos artículos que no sean ingleses. La de los plateros o joyeros es bastante buena; fabricaba varias chucherías pero el arte era de lo más malo, y además nuestra partida le quitó toda importancia y el mérito de nuestras libras esterlinas. La avidez con que fue vendida aquella plata, al paso que fue para los plateros una solución, les llevó a mezclarla formando una liga como es fama que en su itinerario hicieron los israelitas.

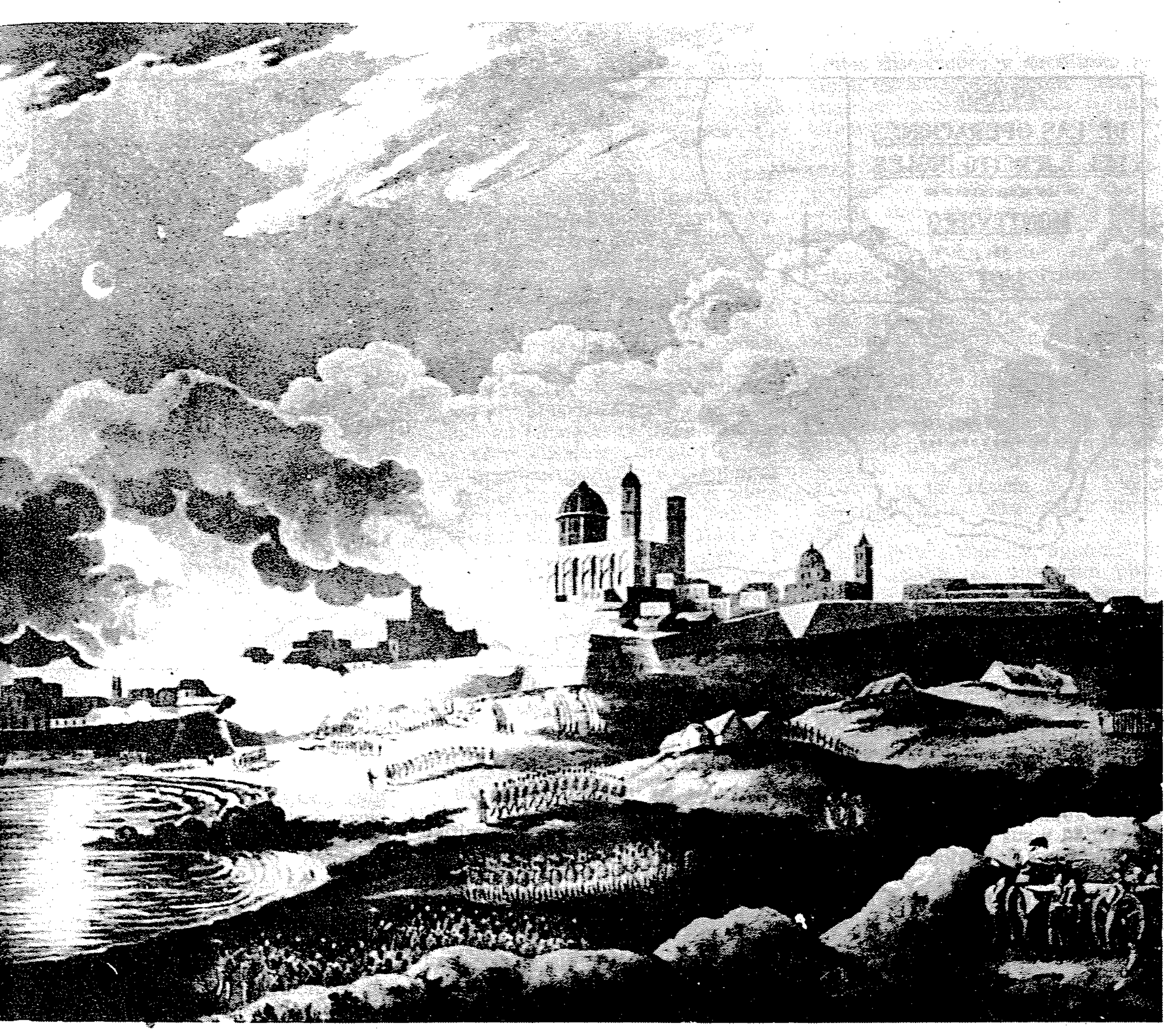
"...Al pasar por las artesas de casi todas las calles de la ciudad llegan al olfato los perfumados vapores del chocolate que salen de las pulperías centrales y en una de éstas llaman y atraen los ojos de una mujer joven y bonita, en cuya casa se juega también al billar.

"Hay dos casas que tienen buenas comodidades y tolerable comida hecha a la española, para los forasteros, y son: la de los Tres Reyes y la de las Cuatro Naciones. Los oficiales se aposentaron allí y me dicen que están satisfechos.

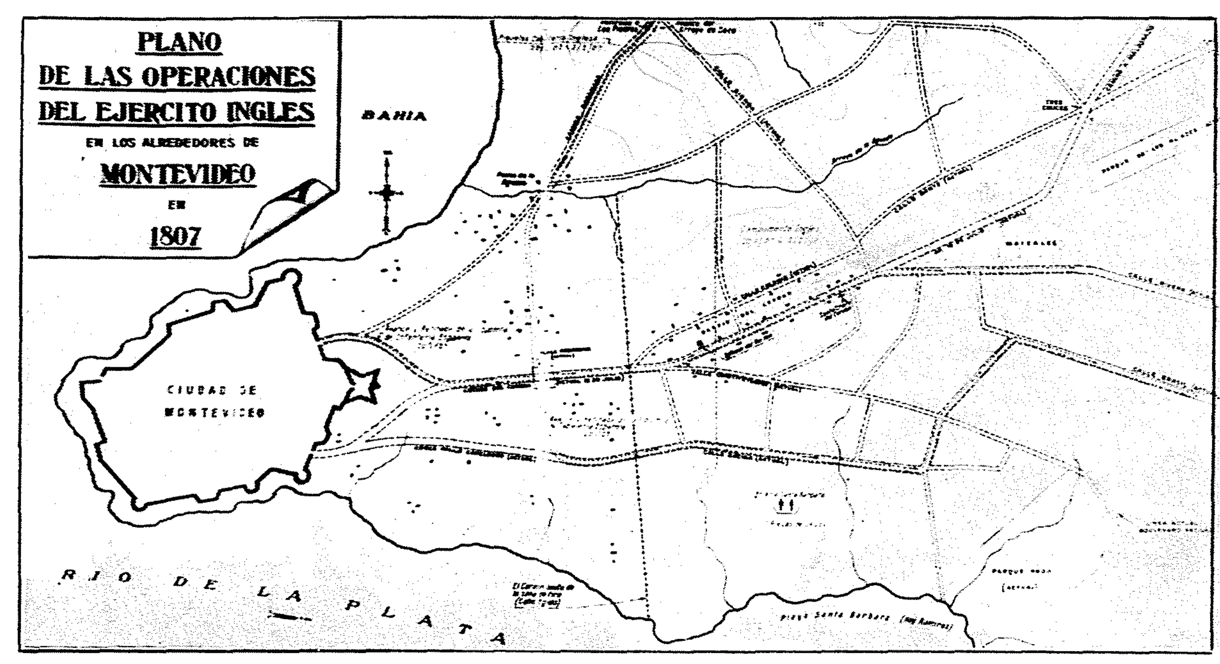
"Las clases inferiores del ejército tenían casas de comida en abundancia.

"Cuando recibí licencia pude cerciorarme de que las casas de bebidas son pocas: pero abundan los cafés, donde uno puede desayunarse."

John Mawe, a su vez, nos ofrece el siguiente comentario: "Los víveres son aquí baratos y muy



Otra versión gráfica del asalto de Montevideo. Autor del grabado original: Edward Orme (dibujo de George Robinson).



abundantes. La carne de vaca en particular es muy abundante y hace excelente sopa. Las mejores partes de la carne pueden considerarse pasables, aunque no son muy tiernas. El cerdo no es comestible. Es tal la abundancia de carne que en la ciudad y sus proximidades hasta dos millas a la redonda, se da el espectáculo de huesos y restos a cada paso, que sirven de alimento a bandadas de gaviotas, y que en verano crían miles de moscas, con las consiguientes molestias de los habitantes que se ven obligados, en la mesa, a tener continuamente uno o dos sirvientes empleados en espantar con plumas a estos intrusos de los platos."

RATAS Y BASURAS

El ambiente aún rudo y primitivo de principios del siglo XIX se sigue reflejando en estas observaciones del relato del Diario de la expedición del brigadier general Craufurd:

"Lo que más me disgustaba eran las basuras que se echan por los portales de la calle y que apestan insoportablemente a pesar de que las arrojan en bolsas hechas de cuero de buey, y algunas veces, muy pocas, sobre el tejado de una pieza destinada a carnear los animales y a depositar la carne del consumo. Como consecuencia de esto existe una enorme cantidad de perros ordinarios, por lo que se destina una habitación especial donde se les mata, mientras otros siguen a los convoyes en busca de desperdicios, o bien se asilan entres los escombros de algún edificio o en la pampa, donde su apetito los hace temibles. Y sin embargo, ningún país como éste más

Plano de las operaciones del ejército inglés, publicado por Roberts.

apropiado para el aseo y la pulcritud, en calles, casas y habitaciones. He recorrido los muros de la ciudad y he visto a los esclavos que hacían la guardia con sus trajes característicos, mientras otros lavaban la ropa en estanques. Estos esclavos se cubrían con vestidos de varios colores, azul, amarillo y encarnado; aparentaban alegría, y la escena era animada."

Ciertamente el cuadro que presenta Robertson, al escribir con franqueza sobre el mismo asunto, también es elocuente:

"El único descuento que tengo que hacer a la manera deliciosa en que ahora pasaba mis noches, era la necesidad de volver a casa por calles estrechas, tan infestadas de ratas voraces que algunas veces era peligroso hacerles frente. No había más higiene pública en la ciudad que la producida por los aguaceros que, a intervalos, sacaban de las calles los montones de basura. Alrededor de las sobras de carroña, legumbres y frutas podridas, que en grandes masas se acumulaban allí, las ratas absolutamente pululaban en legiones. Si intentaba pasar cerca de esos bandidos formidables o interrumpir sus comidas u orgías, hacían rechinar sus dientes como lobos nocturnos. Tan lejos estaban de correr asustadas a sus numerosas madrigueras que se daban vuelta, lanzaban un grito de cuervo y se precipitaban contra mis piernas de modo que me helaba la sangre. Entre ellas y yo ocurrieron muchas riñas peligrosas; y aunque algunas veces me abrí camino hacia mi casa a bastonazos, otras me vi forzado a huir por alguna caprichosa y estrecha senda o calles, dejando a las ratas dueñas y señoras del campo."

"DESGRACIAS DE LA NATURALEZA HUMANA"

Otra característica de las clases más humildes de la población señala el citado Diario anónimo: la de ajustar sus frecuentes divergencias con resultados muchas veces trágicos.

"Las clases pobres suelen dirimir por sus propios medios sus constantes disensiones y su último recurso es el estilete corvo, para lo cual se ponen de acuerdo para aguardar a la víctima, pero a menudo ambos contendientes van al sacrificio de un modo rápido e intempestivo, fieros de venganza.

"He visto cuerpos con la cabeza casi separada del tronco, y numerosas heridas en varias partes del mismo, demasiado horribles para ser descritas; un espectáculo de esta clase, en Inglaterra, hubiera atraído a una porción de espectadores, pero aquí pasan sin llamar la atención o se habla de ellos como de un tópico natural del día; del radiante sol, de la nube que pasa. No pude nunca saber si el que perpetraba tan horribles hechos era llevado a la justicia o si hacían averiguaciones para saber quién era."

Con crítica mordaz, apunta: "El Campo Santo es una gran plaza llena de sepulturas, donde las clases pobres duermen el sueño de su peregrinación. Los hijos de las clases acomodadas descansan en la iglesia y tienen apartado un sitio especial para ellos, cuya distancia del altar es convenida mediante estipendios; y suponen que el estado de sus almas en el Purgatorio depende de la situación que ocupan en el templo."

EXTRAMUROS

A pesar de la fertilidad del suelo, a juicio de Mawe, que de paso equivoca algún topónimo, las quintas de los montevideanos no parecen tener, en la época, la misma proporción que la que surge de la lectura de las sagaces "Observaciones sobre agricultura" de nuestro en-

tusiasta agricultor Pbro. José Manuel Pérez Castellano, quizá porque muchos de sus propietarios se encontraban aprisionados en los navíos ingleses anclados en la bahía.

"Los alrededores de Montevideo se ven agradablemente diversificados por pequeñas colinas en suave pendiente y por extensos valles regados por hermosos riachuelos; pero el aspecto que ofrecen raramente se ve animado por los cultivos. Pocos cercados se ven, excepto los jardines de los principales comerciantes. El mismo defecto se observa hacia el noroeste de la ciudad, donde predominan similares variedades de colinas, valles y aguadas, y sólo falta la belleza del escenario boscoso para completar el paisaje. Varios árboles, por supuesto, crecen a las orillas del Riachuelo [el Miguelete, seguramente], cuyas maderas se utilizan para la construcción de chozas y como combustible. Hay un agradable río a unas diez leguas de Montevideo, llamado el Louza [Santa Lucía], cuyas orillas parecen invitar a la plantación de los agricultores, y deben de producir abundantes maderas, por cierto. Debe destacarse que la casi absoluta falta de este artículo, ocasiona aquí grandes gastos e inconvenientes: la madera para trabajos mecánicos es sumamente escasa y las planchas son tan caras que apenas se ven con pisos de madera."

El Cnel. Otorgués al entrar en Montevideo con su división, en 1815, para asumir el 1er. Gobierno Patrio de la plaza.



EL ORIGEN DE ALGUNAS FORTUNAS

El mismo Mawe escribe largamente sobre los procedimientos aplicados por muchos montevideanos para enriquecerse antes y después de la rendición inglesa:

"El comercio principal de Montevideo consiste en cueros, sebo y tasajo; los dos primeros son exportados a Europa y el último es enviado a las Indias Occidentales, especialmente a La Habana. A veces se embarca también cobre en bruto de Chile en trozos cuadrados, así como una hierba llamada Mate del Paraguay, cuya infusión es una bebida tan común en estas partes como el té en Inglaterra.

"Los habitantes no estaban en la opulencia antes de que los ingleses

tomaran la ciudad, pero luego del desastre de los últimos en Buenos Aires y las pérdidas de nuestros comerciantes aventureros, motivadas por malos cálculos e imprudentes especulaciones, aquéllos se enriquecieron considerablemente. Las grandes perspectivas imaginadas en Inglaterra, antes de la expedición al Plata, de inmensos beneficios en el comercio rioplatense, terminaron, por lo general, en ruina; muy pocos especuladores, por cierto, escaparon sin pérdidas considerables. Muchas mercaderías fueron confiscadas, luego de los pleitos consiguientes; otras, que habían sido depositadas a la espera de alguna decisión, pudieron ser restituidas tras la pérdida de la mitad. Sucedió con frecuencia que mercaderías detenidas en las aduanas o en las tiendas y almacenes privados fueron abiertas y grandes cantidades sustraídas. Parece razonable hacer recaer las sospechas en los consignatarios, que aun con pocos cargamentos podían enriquecerse rápidamente. No contentos con los beneficios de su comisión, no tenían escrúpulos en aprovecharse de las ventajas que les daba la posesión de las mercaderías consignadas, y en favorecer sus propios intereses a expensas de su correspondiente. El temor de un proceso legal no podía ser sino un débil obstáculo para detenerlo, en virtud de que ante la justicia española, como ante las otras, un nativo y un foráneo raramente están en pie de igualdad. Otras circunstancias han concurrido a enriquecer a los habitantes de Montevideo. Un hecho que he podido verificar es que las exportaciones inglesas de mercadería ascendieron a la suma de



Los cabildantes de Montevideo presentan su saludo al ejército de la Provincia Oriental Autónoma.

un millón y medio de esterlinas, de las cuales solamente una pequeña porción fue reembarcada al Cabo de Buena Esperanza y a las Indias Occidentales, cuando se devolvió la plaza a los españoles. El resto fue en su mayor parte sacrificado a cualquier precio que los españoles quisieran dar. Sus ganancias se elevaron en la proporción de nuestras pérdidas, y los especuladores ganaron considerablemente. Los poseedores de mercaderías inglesas las vendieron con un beneficio del cincuenta por ciento, inmediatamente después de la evacuación de la plaza."

EL FIN DE UNA AVENTURA IMPERIALISTA

Finalmente, las cartas de Robertson nos ofrecen un vívido e intenso relato de los últimos días de los ingleses en Montevideo, luego de la capitulación en Buenos Aires:

"«Ponga», dijo Álzaga, alcalde de primer voto, que tomaba parte en la redacción de los términos de la capitulación, «ponga que evacuará también Montevideo». «¡Oh!» dijo el virrey Liniers, «eso está fuera de cuestión y echará a perder todo el asunto». «Pongámosle», replicó el resuelto e influyente ciudadano: «si se objeta, podremos retirarlo». Fue puesto y no fue objetado.

"El descamado Whitelocke asintió a todo, y pocos días después contemplamos para nuestro desaliento, en Montevideo, los transportes y barcos de guerra que, un mes antes, habían transportado nuestro magnífico ejército para triunfos tenidos por seguros, volviendo con aquel ejército derrotado y su general irreparablemente en desgracia. Los hospitales se volvieron a llenar de enfermos, heridos y moribundos. Tres mil valientes camaradas habían atestiguado con la muerte su indomable valor en las calles de Buenos Aires; y todavía el general Whitelocke, único causante de la

imperdonable catástrofe, se pavoneaba en la azotea de la Casa de Gobierno, o cabalgaba por las calles de Montevideo, único indiferente, al parecer, en medio de la vergüenza y desgracia que había acarreado a las armas británicas.

"De verlo en el momento en que estaba por entregar la plaza al general Elío, lo supondríais, por su aire, un Wellington o un Wolf. Era imposible, por ninguna demostración externa, imaginar que tenía conciencia de la aterradora y criminal pérdida de vidas que su estupidez brutal había traído sobre sus valientes compañeros de armas, o de la derrota que su incapacidad supina había causado a un ejército que, mejor dirigido, habría conquistado y conservado la mitad del nuevo mundo. Con la máxima indiferencia nos vio abandonar un suelo que, a no ser por su tontería y locura, hubiera sido nuestro para generaciones todavía no nacidas.

"Lo que era de admirar más, en este terrible revés, fue la conducta modesta, en verdad, la deferencia aumentada de los españoles hacia los ingleses. Nunca aludían a la derrota de Whitelocke y cuando hablaban de nuestra partida era siempre con expresión del pesar con que estaban a punto de perder tantos amigos personales. No puedo menos de creer que tal conducta era muy demostrativa de cortesía y buenos sentimientos; sumamente magnánima en un pueblo vencedor de sus recientes invasores.

"Vagué por la ciudad hasta el último momento y luego, con el corazón acongojado, me despedí de M. Godefroy y su familia. La despedida fue más la de un hijo con su padre y madre, y de un hermano con sus hermanas, que del extranjero y enemigo con gente cuyo conocimiento no había disfrutado más de cinco meses.

"También tuve la mortificación de ver la bandera española flameando en la ciudadela y en la Casa de Gobierno. Elío y su estado mayor ya habían recibido las llaves de la plaza; los últimos tunantes ingleses se apuraron para tomar los botes; y en pocos días la flota entera de doscientos cuarenta barcos zarpó del Río de la Plata."

A su vez, Alejandro Gillespie, que actuara en la invasión inglesa, primero como combatiente y luego como comisario de prisioneros españoles, durante la ocupación británica de Buenos Aires, refiere así sus últimos instantes en Montevideo:

"...Unos pocos de nosotros volvimos a tierra antes de llegar el día 7 de setiembre, para comprar algunos víveres en la plaza del mercado, pues la bandera británica iba a ser reemplazada por la española esa tarde, en la ciudadela y las murallas.

"El populacho estaba inclinado a insolentarse, y solamente se mantenía dentro de los límites por la presencia de nuestros soldados que marcharon a sus botes respectivos desde la mañana hasta después de mediodía, pero sin música, pues no podía producir cadencia ni en sus pasos, ni en sus corazones."

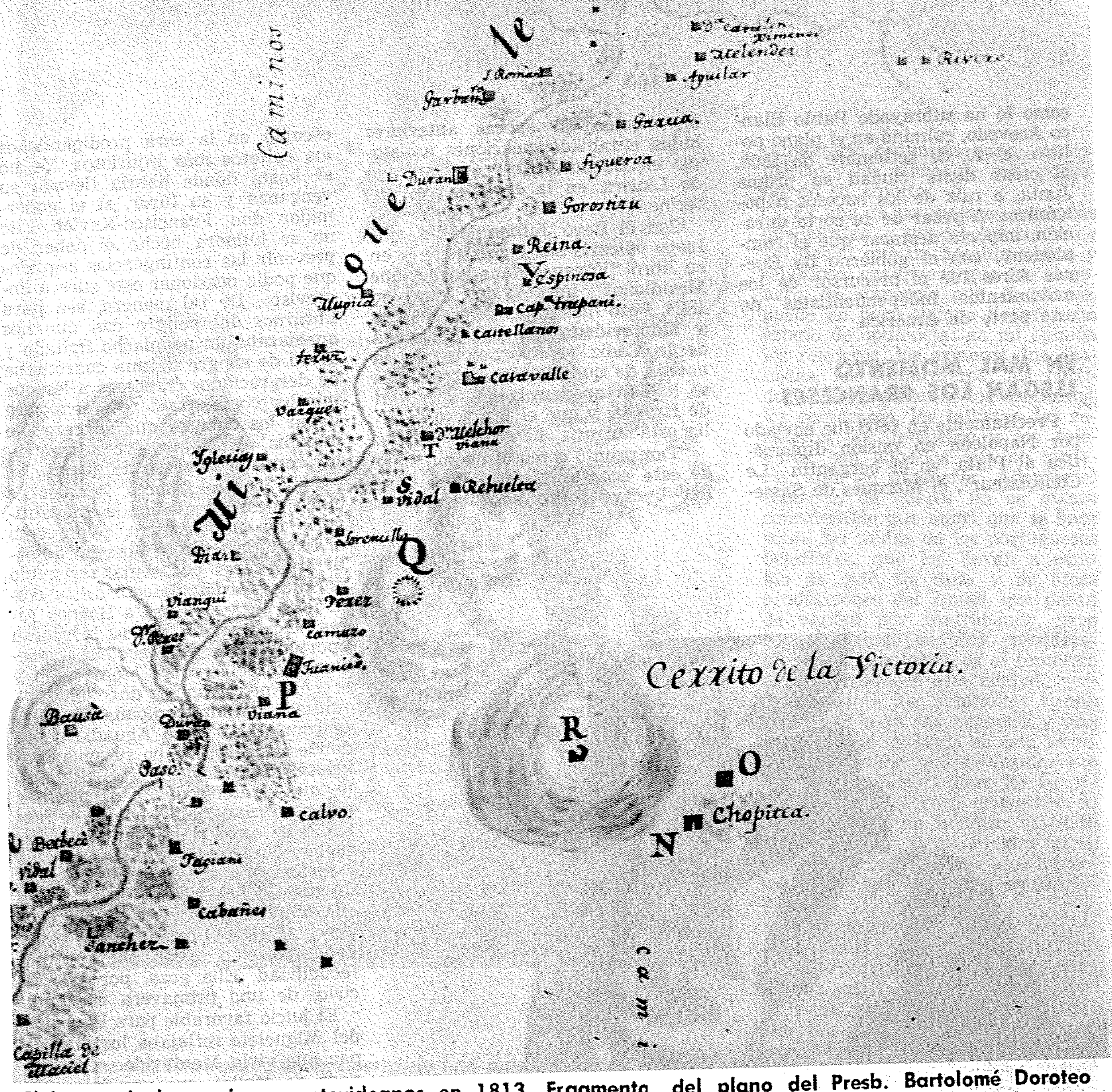
"...Montevideo fue abandonado antes de las dos de la tarde el 7 de setiembre; las tropas españolas entraron a las tres, en medio de aclamaciones populares, y la noche se señaló por grandes regocijos, que podíamos presenciar desde nuestro fondeadero, así como por fuegos artificiales en la ciudadela, Fuerte San José y las líneas de la guarnición."

La evocación de su regreso a la Gran Bretaña, arranca estas conmovidas expresiones al nostálgico Robertson:

"Entonces miraba la gran flota cuyos barcos me rodeaban; veía aquella flota llevando un ejército descorazonado y derrotado; veía a cientos de comerciantes y especuladores que volvían a Inglaterra, empobrecidos o arruinados, de campos donde habían esperado recoger verdaderas cosechas áureas; y, acercándome a mi tierra, encontraba mis esperanzas que creía, pocas y breves semanas antes tan brillantes, ahora nubladas y oscurecidas."

El fracaso inglés, que sin duda alguna dio confianza en el propio valimiento a los españoles y criollos del Río de la Plata, trajo entre sus consecuencias la actitud de rebeldía de Montevideo ante ciertas actitudes virreinales, entre otras, la de no haber querido canjear los ingleses que fueron cautivados en la reconquista de Buenos Aires por setecientos prisioneros de la tropa y la milicia, que conjuntamente con el gobernador Pascual Ruiz Huidobro y oficiales de alta graduación fueron llevados a los navíos de guerra británicos surtos en la bahía de Montevideo, luego del asalto a la ciudad. Como se recordará, se condujeron posteriormente a Inglaterra a muchos de ellos, entre otros, al propio gobernador.

Esta situación, en la que en el orden económico tanto incidían las antiguas rivalidades portuarias y la acción del Consulado bonaerense por impedir el auge de Montevideo,



Chácaras de los vecinos montevideanos en 1813. Fragmento del plano del Presb. Bartolomé Doroteo Muñoz. Copia por C. Natiello.

como lo ha subrayado Pablo Blanco Acevedo, culminó en el plano político el 21 de setiembre de 1808, al crear dicha ciudad su propia Junta, a raíz de los sucesos napoleónicos. A pesar de su corta duración, importa destacar que el rompimiento con el gobierno de Buenos Aires fue el precursor de los movimientos independentistas de esta parte de América.

EN MAL MOMENTO LLEGAN LOS FRANCESES

Precisamente en 1808 fue enviado por Napoleón en misión diplomática al Plata, en el bergantín "Le Consolateur", el Marqués de Sassenay, quien en épocas anteriores habia entablado relaciones amistosas en Buenos Aires con Santiago de Liniers, en la época virrey interino.

Con él llegó Jullien Mellet, que luego volcaría sus observaciones en su libro "Voyages dans l'Amerique Meridional", impreso en París en 1824. Pero días antes de su llegada a Montevideo, una goleta venida desde Cádiz fue portadora de la noticia de que las tropas francesas se habían apoderado de la capital de España, y que el rey y su familia estaban prisioneros en Francia.

"Tan pronto como el pueblo supo de este acontecimiento —dice Mellet—, cayó sobre nosotros y nos escupió en la cara prodigándonos los epítetos más injuriosos. Yo no sé hasta dónde habría llevado su venganza y su furor, si el gobernador don Francisco-Xavier Elío no se hubiera hecho el deber de prevenir las contingencias seguidas que podía ocasionar este suceso imprevisto. De tal manera, sea para librarnos del peligro con que nos amenazaba un populacho irritado y ávido de sangre de una cuarentena de desgraciados franceses a los que miraba como traidores, sea para llenar los deberes que su cargo le imponía, él nos hizo arrestar y tratar como prisioneros de guerra."

Este viajero francés, después de cinco meses y medio de un cautiverio no muy estricto, pues como él lo señala tenía la libertad de salir tres veces por semana seguido por un guardia, desertó de la ciudadela, para dirigirse a Buenos Aires. Esas circunstancias le dieron oportunidad de dejarnos sus impresiones directas sobre Montevideo y especialmente sobre dos "aldeas", "situadas en una campaña tan riente como fértil": La Aguada, desde donde se transportaba su agua "deliciosa" a Montevideo, y el Miguelete, que estaba rodeado de plantíos que producían "toda especie de frutas, tales como manzanas, peras, ciruelas, duraznos, naranjas, limones y melones en abundancia, todos de un gusto delicioso". Es la aldea más encantadora que yo haya visto —agrega Mellet— tanto por su agradable posición, como por su feliz fecundidad. Ella goza, por así decirlo, de una primavera continua.

El juicio favorable para la región del Miguelete reflejaba los días de paz que vivía Montevideo a la llegada de Mellet, que nos deja este





Soldados paulistas vistos en la puerta de una pulpería de Montevideo, en 1817. Acuarela pintada por E. E. Vidal.

comentario optimista sobre su comercio y los oficios de más porvenir en su ámbito:

"Es una de las mejores comarcas que existen y yo oso adelantarme [al decir] que un hombre activo y laborioso, cualquiera que sea el género de comercio que él abrace, puede en poco tiempo llegar a un estado de opulencia: en mi opinión los relojeros, los armeros, los ebanistas, los sombrereros, los curtidores, los panaderos, los confiteros, los cerveceros, los tallistas, los zapateros, los toneleros y los tejedores, son aquellos que no tardarán aquí en prosperar. Además el comercio de cueros no es menos considerable que aquel que se hace sobre las mulas de los portugueses brasileños, que los llevan a cambio de café, de tafia y de otras producciones del Brasil, que pasan de verdad por contrabando, pero cuya ganancia es muy considerable; en una palabra, es el comercio el que enriquece esta ciudad; verdaderamente los habitantes tienen capacidad para los negocios y una actividad no igualada en esta parte. Es una lástima que el orgullo que ellos tienen sea la base de su carácter; es muy raro encontrar en la clase baja un hombre bastante calmo que no salga con su puñal para agujerear si puede a su adversario por la más ligera contrariedad.

"Las mujeres en general son encantadoras; hablan el castellano con mucho gusto y corrección; pero lo que más influye en su atractivo es la inclinación irresistible que tienen por toda suerte de bebidas y por el tabaco; han contraído en tal grado el hábito que no lo abandonan más que en la tumba."

EVOCACIONES DE LA EPOCA LUSOBRASILEÑA

La lucha que desde 1811 se sostenía entre el medio rural y la ciudad, culminó con el triunfo de la revolución popular artiguista. Pero en esta época de la Patria Vieja, en la que el gobierno del prócer, radicado en Purificación, debió abocarse al estudio y solución de arduos problemas políticos y socioeconómicos, Montevideo estuvo prácticamente ausente de las descripciones de los viajeros. Reaparecerán después de que el invasor portugués hace su entrada bajo palio en la ciudad, por el antiguo Portón de San Pedro.

Tiempos sombríos de nuestra historia, en los que la oficialidad lusitana no provoca resistencia en las clases dominantes de Montevideo, especialmente entre los representantes del comercio portuario, los que al pacificarse el país acrecentarán rápidamente su patrimonio. A muchos de los otrora florecientes hacendados la revolución los ha empobrecido, pero otros se verán favorecidos por las suertes de campo otorgadas por Lecor.

En este período los viajeros enjuician generalmente con dureza a los patriotas y con lenidad el régimen de Lecor. Época en la que algunos influyentes personajes, como lo advierte Mario Falcao Espalter, son protagonistas de una trama oscura en torno de la obra del fanal de la isla de Flores, cuya confirmación documental hemos tenido en nuestras manos.

En 1820 Montevideo recupera su poder y lo proyecta sobre todo el territorio nacional. Lo restringirá cinco años después la cruzada libertadora, que levanta nuevamente la campaña. Luego de la paz de 1828 y del desalojo de las tropas imperiales, Montevideo recobrará su hegemonía.

Un inglés y un estadounidense nos han dejado sus impresiones sobre la ciudad de 1817. El primero de ellos, Emeric Essex Vidal, acuarelista londinense que cultivara amistad con Pedro Trápani, uno de los organizadores de la cruzada lavallejista, pintó temas en el Uruguay, Brasil y la Argentina de alto valor documental, complementados en ocasiones con comentarios descriptivos.

Se expresa en los siguientes términos acerca de las características físicas de Montevideo: "...La ciudad ofrece una hermosa apariencia desde la bahía, por estar construida en una pendiente, y las casas entremezcladas con árboles y jardines. Pocas de las casas tienen más de un piso; son de piedra y ladrillo y tienen techos chatos, sin chimeneas, pues el fuego se enciende generalmente en el patio o en una cocina separada, trayéndose a las habitaciones en braseros especiales, cuando el tiempo es frío o húmedo. Las calles son anchas y se cruzan, unas con otras, en ángulos rectos, pero están sin pavimentar."

Y agrega este cuadro que refleja el deterioro de la región: "....Las revoluciones políticas que han convulsionado a casi toda la América española, llevaron a Montevideo a la ruina.

"La ciudad misma ha decaído, y a pesar de que los portugueses, que en los últimos tiempos se habían posesionado de ella, han realizado algunos adelantos, aun así, y como el perturbado estado del país ha puesto fin a todo comercio, los medios para llevar a cabo cualquier plan, con esos propósitos, son extremadamente limitados. Antes había un suburbio muy extendido, con muchas casas quintas elegantes pertenecientes a los comerciantes españoles de la ciudad, pero ha sido tan completamente asolado durante las guerras de la independencia, que todo lo que ahora queda de lo que en un tiempo albergaba a una población de seis mil almas, son algunos muros rotos y parte de una

capilla. Antes de esta lucha había catorce mil habitantes dentro de sus muros; este número se ha reducido ahora a cinco mil."

E. M. Brackenridge, que viajó a América del Sur por orden del gobierno estadounidense en 1817 y 1818 en la fragata "Congress", coincide en dejarnos una opinión desfavorable sobre la situación de Montevideo durante su visita en el año citado en primer término, pero añade otras interesantes observaciones.

RASGOS FISICOS DE LECOR

"De conformidad —dice Brackenridge—, nos dirigimos al alojamiento del general portugués, que ocupa una de las grandes y mejores casas de la ciudad. Entràmos en un espacioso patio con corredores en contorno por entre una guardia de soldados negros, con caras lustrosas y grasosas, y vestidos con un uniforme vistoso. En estos países se prefieren los negros para guardias y centinelas cerca de las personas de los oficiales de distinción. Después de atravesar varios departamentos, pasando centinelas y con oficiales de servicio mostrándonos toda la pompa y parada de la instalación de un gran jefe militar, entramos en una habitación donde se nos invitó amablemente a tomar asiento. Apenas habíamos tenido tiempo de recobrarnos de las impresiones producidas por esta, para nosotros, inusual escena, cuando el mismo general hizo su aparición, que nos dejó muy sorprendidos. Es de figura notablemente hermosa, alto y erguido, con natural dignidad de maneras, sin afectación. Su edad es de más de cincuenta y cinco años, su tez demasiado rubia para un portugués; en efecto, después supimos que es de ascendencia flamenca. La reputación de este oficial no contradice la impresión favorable que su aspecto imparte. Su fama es la de un soldado valiente y hombre fino y afable. Según todos los informes, sin embargo, no debe exclusivamente a estas buenas cualidades su elevación desde un rango inferior en la vida."

"ESTRAGO Y DESOLACION"

"...Por todas partes —escribe el observador norteamericano— se presentaban trazos de la rapidísima decadencia de esta ciudad últimamente populosa y floreciente. Las casas, en su mayor parte desmoronándose o desocupadas, callejas enteras deshabitadas, excepto los cuarteles. En las calles más frecuentadas eran pocos los que se veían que no fueran soldados, o acaso una mujer solitaria vestida de negro, escabulléndose hacia alguna capilla para rezar el rosario. Parecía que allí se hacían pocos o ningún negocio en ninguna parte, ni aun en las pulperías o tiendas. La ciudad realmente parecía que hubiere experimentado la visita de una plaga. Durante la mayor parte de nuestro paseo, al comienzo de la siesta (a eso de la una del día), el silencio de la ciudad podía atribuirse en algo a esta circunstancia. Vimos numerosas personas del pueblo bajo acostadas de espaldas, atravesadas en las veredas del lado de la sombra de las casas, con un poncho extendido debajo; nos veíamos obligados a hacer un rodeo pues no deseábamos pasar por encima de ellos por la misma clase de aprensión que sentiríamos ante un mastín bravo o perro de presa."

"...Esta gente de quien se estaba hablando, parecía tener una mezcla considerable de sangre indígena, a juzgar por su tez y su lacio cabello negro, casi tan basto como crin de caballo.

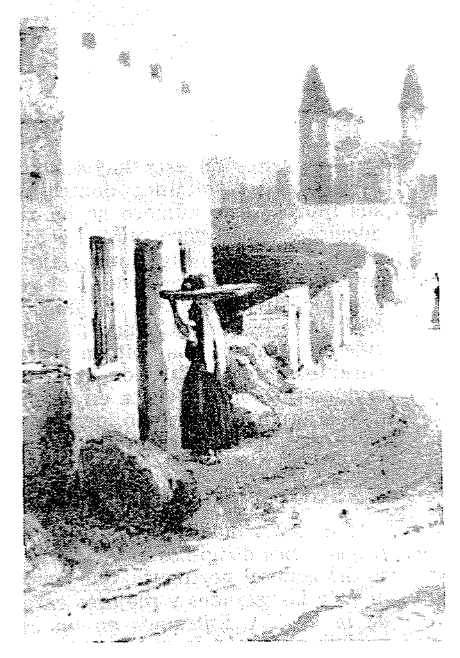
"La ciudad todavía retiene todas las señales de haber sido antes floreciente. Las calles son trazadas a cordel y mucho más espaciosas que las de Río, así como menos sucias, aunque poca o ninguna atención se les presta; los edificios en general son también construidos con mejor gusto. Las calles están pavimentadas, pero las aceras son angostas y pasables... El rápido crecimiento de este lugar debe atribuirse a la circunstancia de tener mucho mejor puerto que Buenos Aires, si puede decirse que este último lugar tenga puerto. El puerto de Montevideo, en efecto, es el único del río que merezca tal nombre. Esta ciudad se convirtió en emporio de lo que se llama Banda Oriental, vasta comarca situada entre el río Uruguay al oeste, los dominios portugueses al norte, el océano por el este y el Río de la Plata al sur, con el mismo número de millas que los estados de Mississippi y Alabama. ...Las principales exportaciones de esta ciudad y provincia consisten en cueros, tasajos, sebo, etc., en monto muy considerable."

"...La ocupación de esta ciudad por el general Lecor, con la división principal de cinco mil hombres, que desde entonces ha sido reforzada, puede considerarse como el golpe final. En ocho años la población se ha reducido por lo menos en dos tercios, muchos de los principales habitantes se han ido, la propiedad —hasta un monto in-

menso— en los encantadores suburbios, que contenían mayor población que la ciudad, ha sido destruida, y el valor del remanente, reducido a una simple bagatela. En realidad no hay más que una guarnición con algunos pocos habitantes hambrientos que son vejados y hostilizados por los militares. Me dijeron que no obstante esta miseria, hay aquí un teatro, y que las tardes se pasan en bailes y danzas, quizá por falta de otras preocupaciones: actos exteriores que no siempre son indicio cierto de corazón. Cuando consideramos la estagnación de los negocios, la depreciación de la propiedad y la deficiencia de las provisiones, fácilmente podemos conjeturar lo que debe de ser la condición de un pueblo. Poca duda hay de que si este lugar hubiera permanecido agregado a Buenos Aires, los portugueses no lo habrían molestado; pero la revuelta de Artigas y su sistema desorganizador, les dio una oportunidad demasiado propicia para hacerse dueños del territorio que habían codiciado durante más de siglo y medio."

LOS ALREDEDORES DE MONTEVIDEO

"...Por la mañana traspusimos una de las puertas, para dar un vistazo al país [a la zona] de extramuros y dentro de las líneas portuguesas que se extienden, en torno, unas tres millas... Pronto nos encontramos rodeados de ruinas, con un aspecto mucho más triste que las de la ciudad. Casi toda la extensión que he mencionado antes estuvo cubierta con agradables moradas y jardines anexos muy bien cultivados: ahora es una escena de desolación. El terreno apenas muestra huellas de los sitios donde se alzaron, o de los jardines, exceptuando aquí y allá los fragmentos de setos de tunas con que antes habían estado cercados. Los árboles frutales y de adorno habían sido cortados para leña, o quizá por entretenimiento. En la superficie de esta extensa y fértil llanura, que pocos años ha contenía tanta población como la ciudad, actualmente no hay más que una decena de familias que alojan soldados, y unas pocas construcciones deshabitadas y destruidas. Éste es el resultado de los malhadados medios que han reducido la población de esta ciudad y suburbios de treinta mil a poco más de siete. Por esto puede formarse idea del estrago hecho. Cabalgando a lo largo de la bahía hallamos, sin embargo, sobre la ciudad, un lindo jardín que había escapado al naufragio común. Nos apeamos y fuimos recibidos con hospitalidad por el dueño, que nos llevó por sus terrenos y nos mostró sus frutales y legumbres. Desde este lugar es que Lecor se provee. Las frutas, duraznos, uvas, higos, naranjas, manzanas, etc., son extraordinariamente finas. En este clima encantador, con excepción de algunas frutas tropicales, las que son más apreciadas maduran perfectamente al aire libre. En efecto, creo que el clima no es superado por ninguno del mundo, ni aun por el de Italia o sur de Francia. No se experimenta ni calor sofocante en verano, ni el soplo helado del invierno. El aire es tan puro que casi no puede decirse que produzca putrefacción; notamos las osamentas de varios animales que parecían haberse secado, en vez de descomponerse. Se dice que las heridas en la carne humana se curan con dificultad por la misma causa.



La ciudad se va proyectando hacia afuera de su puerta exterior (año 1836).

Dejando este lugar continuamos nuestra cabalgata en otro rumbo: el aire fresco y tónico. El terreno gradualmente se eleva al alejarse de la ciudad. Me recordaba la magnífica ubicación de nuestra capital, la ciudad de Washington. Pero nada ocasionaba tanta sorpresa como la asombrosa fertilidad del suelo. Es una tierra ligera, rica, negra, superior aun a nuestros mejores lechos de río; y éste es su carácter

general en todo el país. Algodón, caña de azúcar, maíz y toda clase de granos, serían igualmente adaptables a este suelo y clima, donde el pastoreo ha sido hasta ahora casi el empleo exclusivo y que resulta imposible para un país populoso. Esta sola provincia puede contener tanta población como Francia y, sin embargo, el número de habitantes nunca excedió de sesenta o setenta mil. Notamos, mientras adelantábamos por llanuras o colinas, grandes cantidades de cardo, que se corta, seca y ata en manojos para combustible, a consecuencia de la escasez de leña. Las osamentas de caballos, ovejas, etcétera, se utilizan con el mismo fin, particularmente en la quema de ladrillos. Esto es lo que ha dado lugar a la leyenda de que arrojan los animales vivos a las llamas, con el fin de alimentar sus fogones. Muchos de los cuentos extravagantes relatados por los viajeros no han tenido mejor origen."

LOS GAUCHOS DE OTORGUES

"...En llegando al terreno alto cerca de las líneas, el panorama era verdaderamente deleitoso. [...] Mientras mirábamos con mezcla de pena y placer este espectáculo, súbitamente nuestra atención fue atraída por la detonación de varios fusiles, y por la aparición de algunos jinetes que galopaban a distancia de media milla allende las líneas. Pronto se les reconoció como una partida de gauchos, nombre que se da a la gente campesina en general y por el que aquí son conocidos los partidarios de Artigas, por estar casi todos los gauchos de su lado. La partida trataba de arrear algunos caballos portugueses, y ejecutaron esto con asombrosa destreza; primero hicieron galopar a los caballos que intentaban arrear, y luego parecían darle la dirección que deseaban, cabalgando a veces de un lado u otro, o arreándolos por delante. Los caballos que montaban estos centauros parecían manejados más por la inclinación del cuerpo que por la mano del jinete; tan excelente es su manera de cabalgar. Esta escena, según se nos informa, se repetía casi todas las mañanas; y parecía por parte de los gauchos más bien un asunto de diversión que de provecho, pues los caballos son tan abundantes y baratos que los mejores pueden conseguirse por poco dinero, y el propietario a veces suelta un caballo para librarse del gasto y molestia de mantenerlo. La pérdida de los caballos, sin embargo, se sentirá probablemente por los portugueses, que están confinados en un espacio reducido, que difícilmente suministra suficiente pastaje para mantener los que tienen. Los observábamos atareadamente empeñados en recoger su ganado por estar bajo la protección de las tropas acantonadas, a intervalos a lo largo de la línea. A pocos cientos de yardas de nosotros, apareció un cuerpo de cuarenta o cincuenta en un reducto, que no hacían otra cosa que mirar las hazañas de los gauchos. Nadie los persiguió; se hicieron varios tiros largos con esperanzas de espantarlos; tal es la clase de sitio que se lleva adelante, por lo que casi se consideraría una fuerza invisible. Es una especie de anomalía en la historia militar. Todos los estacionados aquí con tal fin, se supone no son más de trescientos hombres, al mando de un jefe llamado Otorgués, apareciendo y desapareciendo como lobos de la llanura, y llenando su propósito con tanta eficacia como si su número subiera a cinco mil."

A esta vívida y admirativa estampa de los jinetes prodigiosos del coronel Fernando Otorgués, cabe agregar este elocuente retrato del caudillo artiguista escrito por el marino estadounidense George Fracker, a quien visitara en un rancho situado en las cercanías de Toledo, donde se le había brindado hospitalaria acogida luego de su naufragio en nuestras costas en setiembre de 1817:

"El amable general volvió a visitarme aquella noche, acompañado por varios soldados y al retirarse, ante nuestra ansiosa súplica, dejó a tres de guardia, bien armados, para que nos defendieran. Este oficial militar, cuyo nombre era Ortugués, parecía uno de nuestros chacareros, exceptuando su formidable espada en vaina de hierro. Su vestimenta se componía de una chaqueta de tosco azul, sobre la que llevaba el poncho o capa cuadrada, "breeches" de terciopelo pardo y altas botas; parecía un hombre benévolo y bien intencionado; pero de ninguna manera capaz de mandar una horda de merodeadores vagabundos, a quienes estaba organizando en un ejército para la defensa del país, contra las incursiones de los portugueses."

MONTEVIDEO EN 1821

Alexander Caldcleugh, otro estadounidense, que llega a Montevi-

deo en febrero de 1821 en viaje a Buenos Aires, descubre su aspecto como sigue. De paso nos dice que en la época tenía unos diez mil habitantes, comprendida la escasa población negra.

"Tiene buena edificación; las casas son de azotea y muchas están construidas con piedra y ladrillo cocido. Las ventanas ostentan rejas de hierro, muy fuertes. Las calles han sido empedradas últimamente por las tropas portuguesas a expensas de los vecinos. Habia en las calles un ambiente de desolación que no está de acuerdo con el grado de prosperidad alcanzado por Montevideo. El aspecto de la catedral es poco importante; se hallaba repleta de señoras, vestidas todas de negro según la moda de la ciudad, y era difícil permanecer indiferente a sus encantos y atractivos personales, sobre todo para quien venía del Brasil. Estaban haciendo sus oraciones, arrodilladas sobre alfombras pequeñas traídas ex profeso por sus sirvientes. Esto era ya una prueba de que habíamos llegado a una ciudad más limpia, porque la costumbre de la alfombra no ha sido introducida todavía en el país del norte; también resultaba una novedad el número de mujeres bien vestidas que se veían en las calles.

"Concurrí al teatro por la noche; un oficial del gobierno me presentó a las bellezas más celebradas, que se mostraron conmigo muy finas y amables hasta obligarme —de acuerdo con la costumbre —a comer más dulces y confituras de lo que hubiera deseado... El teatro era pequeño, mal arreglado y los actores —como era de suponer— no de lo mejor."



Detalle de la iglesia Matriz y sus aledaños en 1836. Dibujo de Barthélemy Lauvergne.

Menciona Caldcleugh que el suelo de Montevideo era fértil y producía trigo excelente, frijoles, maíz, melones y frutas europeas en abundancia, como manzanas y duraznos.

En el mismo año —a fines de octubre— llega un notable observador de nuestra campaña: el naturalista francés Agustín Francisco César de Prouvensal, más conocido por Auguste de Saint-Hilaire.

Visita al general Lecor, al presbítero Dámaso Larrañaga —"un hombre de unos cincuenta años, de rostro largo pero lleno, con nariz desmesuradamente prolongada; una sonrisa muy agradable y unos ojos que anuncian la espiritualidad"—, a Nicolás Herrera, que le presenta a las señoras Oribe, a Juan Martín de Pueyrredón, radicado en la época en Montevideo. De Miguel Barreiro nos dice que era "un hombre pequeño, muy delgado, de unos treinta y cinco años; sus cabellos negros y espesos, son naturalmente ondulados; su rostro es pequeño y puntiagudo; su tez de extrema palidez; sus ojos negros y ardientemente hundidos en su cabeza; se expresa fogosamente y con vivacidad, demostrando instrucción y espiritualidad".

Concurre a un baile en el Cabildo, luego a un espectáculo teatral en la Casa de Comedias, visita los alrededores y el hospital civil, y nos informa que "desde que los portugueses están en Montevideo, se ha formado —dentro del hospital— un establecimiento para los niños expósitos". Le atrae la atención la biblioteca pública, situada en una de las salas del Fuerte, edificio cuya construcción había sido comenzada en tiempos de la dominación hispánica. En él también se encontraban "las cajas públicas y el tribunal de apelaciones, creado por el gobierno portugués".

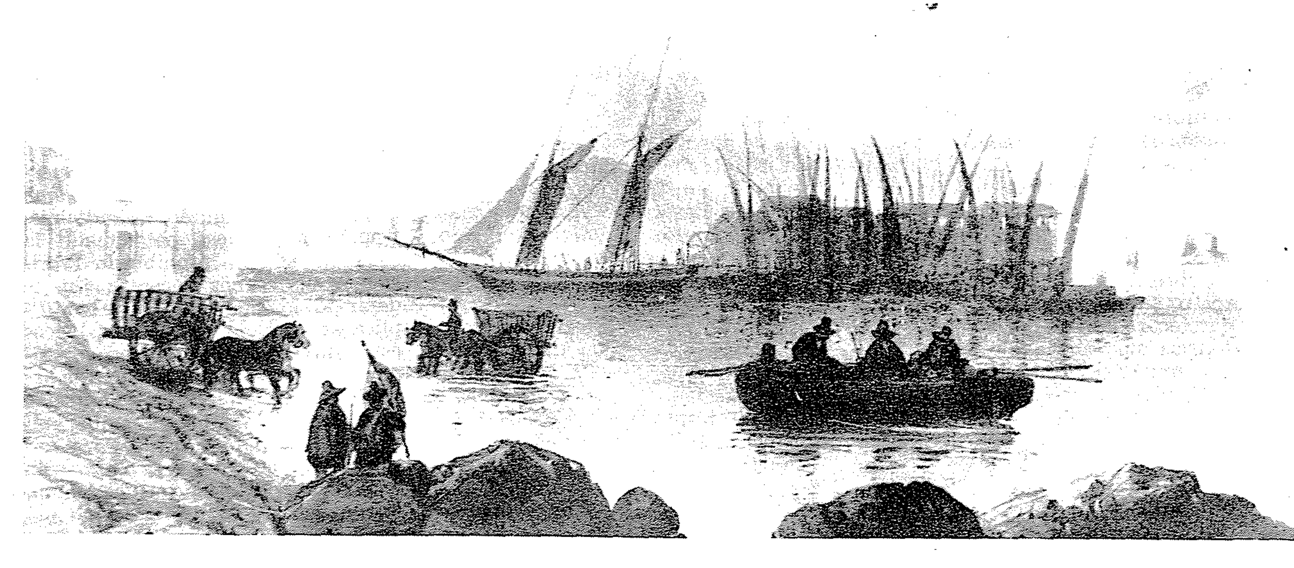
Anota Saint-Hilaire: "La sala que encierra la biblioteca es pequeña pero ornada con gusto. La cantidad de libros no se eleva a más de dos mil y varias obras están incompletas por robos que se han cometido en distintas épocas, durante los desórdenes que este país ha sufrido. La biblioteca ha sido formada después de la revolución y los sueldos del bibliotecario fueron asegurados por un legado. En estos momentos está cerrada; pero pronto será abierta al público."

Observa que las murallas están en mal estado y son a su juicio bastante insignificantes. "Del lado de tierra, están flanqueadas por la ciudadela y[...] del lado del río, son poco elevadas y están defendidas por baterías." Advierte la extrema suciedad de las calles, que nunca son barridas, y percibe que las aceras que las bordean son escasamente elevadas y separadas del medio de la calle "por bornes de madera que se han reemplazado —en algunos lugares— por viejas piezas de cañón".

Y prosigue: "Las casas no poseen jardín, pero cada una tiene en su patio algunos parrales, rosales u otros arbustos" [...]. "La gente se apasiona por las flores y son pocos los que no las cultivan —en macetas o en cajas— sobre el techo de sus casas."

"La mayoría de los habitantes son comerciantes y se observa una gran cantidad de tiendas sumamente provistas; los artículos de consumo son baratos, pero la mano de obra extremadamente cara. Todas las mañanas se lleva a cabo un mercado de legumbres y flores delante de la ciudadela, y los hombres blancos no tienen ningún escrúpulo en proveer allí" [...]. "La presencia de la división portuguesa en Montevideo anima, accidentalmente, al comercio; pero luego de la destrucción del ganado, como resultado de la guerra, las exportaciones —que eran inmensas— han disminuido bastante. La administración portuguesa ha tomado la sabia medida de prohibir la fabricación de carnes secas, a fin de dejar al ganado tiempo de multiplicarse y, mientras que otras veces éste entraba en la ciudad anualmente —para ser enviado en seguida al exterior— en cantidades de hasta un millón quinientos mil cueros (sin hablar de los que pasaban de contrabando), ahora sólo entran unos dieciocho a veinte mil, que es el monto del consumo del país."

Por supuesto, no deja de consignar sus impresiones sobre las mujeres montevideanas: "Lejos de encerrarse en el interior de sus casas, reciben visitas, se visten con gusto y limpieza y salen a la calle y compran en las tiendas. Tienen, por lo general, la piel fina, bellos ojos, rasgos delicados y son bien blancas. Su primer tratamiento es bastante frío, no se levantan para recibir a los hombres y se contentan con hacer una ligera inclinación de cabeza; demuestran poca vivacidad pero poseen un excelente tono; conversan con mucho placer; parecen animadas por el deseo de agradar y, sin embargo, no demuestran ninguna afectación. Nos reunimos en varias casas para conversar y bailar. Pocas de ellas son músicas, pero casi todas saben to-



Desembarcadero al fondo de la actual calle Treinta y Tres (1838).

car en el piano valses y contradanzas y no se hacen rogar para hacerse oír. No se observa, entre las mujeres de distinta clase, la enorme distancia que existe entre nosotros. Las mujeres de todos los rangos poseen dulzura y agradables modales. Hay en Montevideo muchas mujeres públicas, pero jamás abordan a un transeúnte, como pasa en las grandes ciudades europeas."

Evidentemente, los montevideanos le impresionan menos: "Están —nos dice Saint-Hilaire—, en su mayoría, bien vestidos; son serios, bastante menos afectuosos que los brasileños y tienen una cortesía más fría; empero, sus modales tienen —en cierto modo— más nobleza y distinción.

"...Los pobres son raros. Esta clase, desgraciada y envilecida, a la cual damos nosotros el nombre de populacho, no existe; por debajo de los artesanos, que en su mayoría ganan mucho y viven en la abundancia, no existen más que esclavos. Éstos son generalmente mejor tratados, alimentados y vestidos que los del Brasil, y poseen, también, un porte de libertad y de satisfacción que no tienen estos últimos."

Y mientras el visitante francés recorre las calles polvorientas del Montevideo de la Cisplatina, sorprendido matiza sus sagaces observaciones con esta nota de color local: "La leche se vende en forma asaz peculiar. Niños a caballo la transportan por la ciudad —en bo-

tellas de cerámica— atadas a los extremos de un cuero, cuya mitad está apoyada sobre su montura, y la pregonan a los compradores con el mismísimo tono con que nuestros deshollinadores de chimeneas ofrecen sus servicios al público."

LA VOZ DE UN ROMANTICO MARINO

Un teniente de la Marina Real Inglesa —L. Boutcher Halloran— llega en cinco oportunidades a Montevideo durante los años 1823 y 1824.

Dinámico, cordial, extrovertido, poeta, inflamable y pío (todo a un mismo tiempo), como lo califica Carlos Real de Azúa, considera dicho prologuista de la versión española de su obra, que llega en un momento de excepcional importancia, dado que se iniciaba en él la consolidación del Imperio del Brasil, se preparaba el reconocimiento diplomático de las nuevas repúblicas y se incubaba la inminente lucha por las márgenes del Plata.

Con los fragmentos que transcribiremos, el lector, seguramente, no podrá aquilatar la originalidad de este viajero que penetró el ritmo montevideano de la época. Los hemos elegido porque explican otros matices de las características esenciales de la ciudad.

Según Boutcher Halloran: "Los artículos más costosos entre los que usan las damas Videanas son los abanicos y los zapatos — un surtido permanente de los primeros es necesario para el uso constante de estos hechiceros auxiliares de la conversación; y se enorgullecen en especial de la belleza de sus pies; los zapatos son invariablemente de seda o raso, tan livianos, finos y estrechos como sea posible.

"Hay pocas mujeres más graciosas en un carruaje que las españolas; esto tal vez sea debido, en parte, a que no usan corsés rígidos. Me han dicho que consideran suficiente, para sostenerse, un ligero corsé sin ballenas. Algunos cordones ajustados y cinturas alargadas le quitan toda elegancia a la parte más atrayente de la creación.

"—¿Y qué me dice usted de las gorras? —Oh, yo le hago la guerra a todos y cada uno —gorros, bonetes y turbantes—. Admiro el velo, la mantilla, etc. Con excepción de dos personas, no he visto aquí una sola cabeza cubierta, el cabello aparece simplemente rizado o partido a la Madona con una o dos flores entrelazadas (en general naturales)."

Nos revela el autor, seguidamente, un evocador recuerdo de la gracia femenina: "La costumbre de recibir una flor de las bellas manos de las jóvenes, cuando se las encuentra o se las visita, es muy común aquí; y la más delicada galantería que Ud. puede tener es la de conservarla y mostrarla en su próxima visita."

Y agrega: "Remontar cometas parece ser casi la única diversión de niños y niñas, en esta tierra. Las Azoteas son buenos lugares de recreo para ellos, y un paseo agradable para sus padres: se las ve llenas todas las tardes cuando se reúne la familia y sus visitas, gozando del aire fresco. El techo de todas las casas llamado la Azotea, es plano, rodeado de una baranda baja; muchas tienen una torre cuadrada por encima de todo; no se ve chimenea alguna."

Los esclavos son mencionados en este comentario que documenta datos de interés sobre su fiesta tradicional del 6 de enero, que también describirá d'Orbigny:

"En este día, los esclavos y los negros libres eligen anualmente un rey, que, de paso, hace las veces de un magistrado inferior en todas sus disputas insignificantes: en esta ocasión hay una especie de saturnal, habiéndoles prestado sus amos

y empleadores ricos trajes, uniformes, espadas, etc. (pues en ese momento están todos armados)."

—"¡Ah! ¿es buena política entregarles armas?". "Los esclavos son escasos en Montevideo, y son tratados bondadosamente; en verdad más bien parecen humildes amigos y sirvientes confidenciales; no puede haber peligro alguno. —Creo que el otro día Ud. hablaba, con no pequeña indignación, del tratamiento cruel que soportaban los esclavos. —Eso era de los brasileños y otras naciones, no de los Videanos; pues en ninguna parte son tratados con más suavidad y bondad que aquí. El rey electo vestía hoy un llamativo uniforme —azul y oro con dos charreteras, etc.— y su corte estaba igualmente guapa. La reina y las damas de honor estaban ataviadas con elegancia y gusto, habiéndoles permitido sus amas que usasen sus adornos."

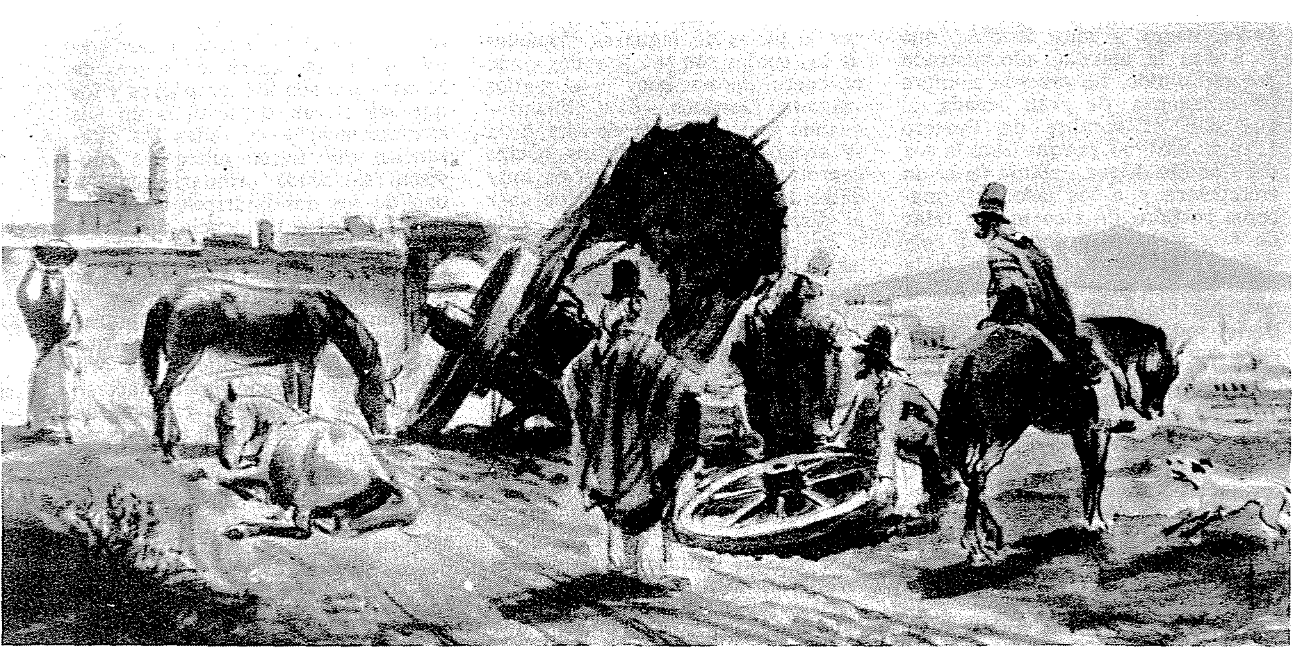
El desembarcadero es otro de los centros de interés en las descripciones de Boutcher Halloran: "Es uno de los mejores que conozco. Se compone de un inmenso entarimado o plataforma, construida sobre pilares macizos, dentro del agua; está rodeada por una barandilla y bancos (gran parte está techada como refugio contra la lluvia) y de noche está iluminada con lámparas de vidrio. Poleas y grúas están colocadas en varios lugares, para la comodidad de cargar y descargar barcos; y hay tres subidas por otros tantos tramos de escalera. El total de esta útil construcción está conservado en buen estado, y bien pintado: se descienden desde la plataforma unos pocos escalones hacia el muelle o desembarcadero, defendido hacia el lado del río por algún cañón olvidado; dejándolos atrás, según creo, a los Aduaneros y en parte a la Guardia Nacional: otro Cuartel de Guardia (un cobertizo miserable y sucio) aparece enfrente; si dejáis al tal un poco hacia la izquierda, estaréis andando por la calle principal arriba, «Calle San Felipe» [actual Misiones]."

De regreso de un viaje al Polo Sur, adonde fuera en misión de exploración y en procura de pieles de foca, llega al puerto de Montevideo, el 3 de abril de 1824, el inglés James Weddell, en tiempos en que dominan la ciudad los imperiales brasileños.

Observa que "muchas de las calles están tan deshechas que resultan intransitables" y nos dice que "todo el conjunto, en este entonces, expone la ruina acumulada de una serie de años agitados por contiendas domésticas y ajenas, casi perpetuas".

Los comerciantes ingleses formaban un grupo de importancia y últimamente había sido nombrado un cónsul británico para velar por sus intereses. El autor participa de un banquete con el que celebraban anualmente el cumpleaños del rey Jorge IV, el que fue amenizado por una banda portuguesa. Era notable —dice Weddell— cómo un viejo español frotaba uno con otro dos platos de postre, a cada chocar de vasos, y luego los arrojaba sobre su espalda.

Refiriéndose a las exportaciones de la plaza, comenta el viajero: "Consisten principalmente en caballos, novillos, cueros y cuernos. Estos animales han disminuido considerablemente durante los últimos quince años, o sea desde la época en que nuestras tropas tomaron posesión de la plaza, y por consiguiente aumentaron de precio. Me mostraron un montón de huesos de caballos que cuando fueron muertos, hace quince años, más o menos, los trajeron al matadero por dos chelines cada uno. Un buen caballo cuesta ahora dos libras es-



Carreta accidentada en las afueras de Montevideo (años 30 del siglo XIX).

terlinas. No hay duda de que los novillos todavía abundan en el interior, pero en la vecindad de la ciudad escasean. En este momento un novillo bien gordo cuesta cerca de dieciocho pesos, y hace una docena de años se le mataba sólo por su cuero y sebo. Las verduras están a precios exorbitantes y todo lo demás que produce el campo ha aumentado su precio en igual proporción."

LA MISION MUZI

Recuerdos numerosos y amenos dedica a Montevideo José Sallusti, secretario de la Misión Muzi a estas regiones de América del Sur, en la cual venía el entonces canónigo Mastai Ferreti, luego Sumo Pontífice Pío IX. Corresponden especialmente a su permanencia desde diciembre de 1824 a febrero de 1825.

Entre otras prolijas observaciones, describe así el atuendo de los capitulares: "Cuando el Cabildo de Montevideo ejerce en cuerpo funciones públicas, cada uno de sus miembros va vestido con traje corto de paño negro muy fino, y con una gran faja encarnada atravesada al pecho, con hebillas de oro en el cinturón y en los zapatos, sombrero de militar con bordados uniformes, y en la mano la insignia del

mando, que es una larga caña de India, negra y muy flexible, que simboliza la justicia, administrada por el Cabildo. Le precede siempre un ordenanza, de gran parada, al que dan el nombre de Portero [Pregonero(?)], porque lleva la voz del Cabildo. Lleva delante de sí un trompetero y a los lados dos maceros vestidos de rico manto talar de terciopelo encarnado, con bordados y grandes flecos de seda roja, que les caen de varias partes con elegante distribución. Un sombrero redondo del mismo terciopelo, con flecos de seda roja, pende del brazo izquierdo, y sostienen con la mano derecha la insignia del Cabildo, que consiste en una rica asta de plata, coronada por un gracioso grupo del mismo metal, formado por una flor, en cuyo centro se ve una torre, con esta inscripción: Muy fiel y Reconquistadora."

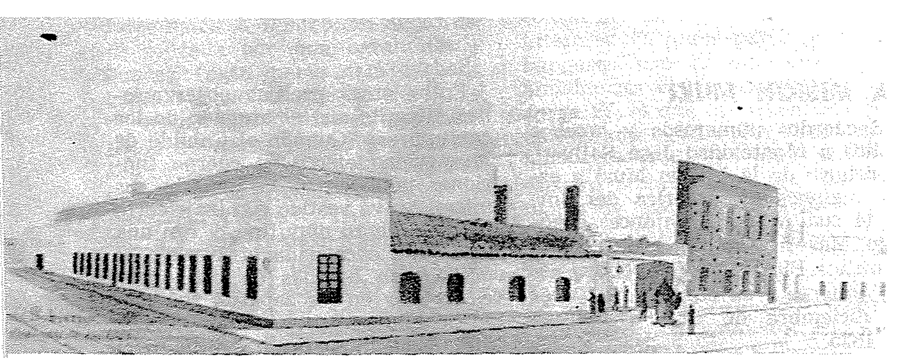
Otra referencia dedica al comercio de pieles de jaguares, "muchos de los cuales son tan grandes como el cuero de un buey": "Aquellos valientes aldeanos —dice Sallusti— cuando van a la caza de esta fiera se arman de fusil y de un macizo garrote; y como el tigre es muy débil de lomo, si en lugar de caer al disparo, ataca al cazador, éste le descarga sobre la espina dorsal, hasta matarlo, y, una vez extraída y disecada la piel, la venden hasta en cuatro o cinco pesos."

Recuerda también ciertos días del año en los cuales se reúnen los negros de Montevideo para celebrar sus fiestas: "Los del Congo celebran su fiesta en el día de San Benito Moro, en el cual eligen un jefe, a quien dan el título de Rey; y todos en aquel año le obedecen con mucho respeto. Lo mismo hacen los de Bengala, en el día dedicado a San Baltasar, uno de los tres Santos Reyes Magos. Personas también de mucha consideración y respeto entre los negros de Montevideo son los compadres y los que les sirven de testigos en sus matrimonios; y en todas las diferencias que nacen entre los cónyuges se acude ordinariamente a uno de los dos padrinos, y él con su autoridad y prudencia, los arregla amigablemente, sin que ninguno se oponga a sus decisiones."

"Dignas de citarse —agrega el secretario de la Misión Muzi— me parecen otras dos costumbres que he notado en Montevideo. La primera es que cuando quiere hacerse un funeral solemne al cadáver de algún noble o de alguna persona de estima en la ciudad, se toma su ataúd desde el medio de la iglesia, y acompañado del clero, se da con él una vuelta por el interior de ésta, depositándolo tantas veces en tierra, cuantas ordena el que preside, hasta llegar al sitio de donde fue tomado. En cada estación se inciensa y se cantan las acostumbradas preces litúrgicas. Cuantas son las estaciones que se hacen, otros tantos son los estipendios, de medio escudo cada uno, que se pagan a cada asistente, y un escudo por la misa."

Un almuerzo en la hermosa quinta que sobre el Miguelete poseía Francisco Juanicó, con motivo de celebrarse allí el cumpleaños del Vicario Apostólico Larrañaga, pondrá en aprietos a los viajeros ante las intencionadas interpretaciones de artistas italianos de Montevideo y otros traídos de Buenos Aires, incluso una bailarina francesa, que compartían la mesa ricamente preparada, los generosos licores y los exquisitos vinos europeos.

El Fuerte, levantado en la actual plaza Zabala. Fue residencia de los gobernadores españoles. Acuarela de Vincent.



En 1825 llega un apresurado inglés, el capitán Andrews, comandante del "Windham", que observa murallas arruinadas, calles abandonadas, habitaciones sucias y deterioradas y una población taraceada con toda variedad de colores, "desde el negro azabache al mestizo y de allí al pálido tinte criollo". La fugacidad del viaje no le impide admirar en nuestras mujeres, con palabras de Byron, sus "ojos negros de profeta".

Otro inglés, J. A. B. Beaumont, que arriba en 1826, descubre que a pesar de la ruina y desolación en la que se encuentra Montevideo, el bloqueo de Buenos Aires le ha dado cierta vida. "El número de presos llevados a la ciudad —nos dice— y los pasajeros y tripulaciones alojados en ella, contribuyen mucho al movimiento de la capital y le aportan beneficios. Pero en este beneficio local —agrega— no participa la campaña: las estancias están en ruinas porque los ganados han sido arreados lejos por los propietarios o les han sido arrebatados a estos últimos por los ejércitos enemigos" (léase, por los patriotas).

Beaumont incluirá en su obra esta breve alusión a la excelente situación geográfica que tiene Montevideo para el comercio:

"Es punto céntrico para reunir los productos de la provincia y para exportarlos desde allí, así como para distribuir las mercaderías importadas de vuelta. Es también superior a Buenos Aires como puerto intermedio para el transporte de mercaderías desde los barcos más grandes que llegan de otros países distantes, a los barcos más pequeños que pueden navegar por el Paraná y el Uruguay, porque el canal de aguas profundas va sobre la costa norte del río de la Plata, y siguiendo este canal se evita el peligro de la navegación por aguas poco profundas hasta Buenos Aires."



Llegada del Gral. Frúctuoso Rivera a Montevideo en 1838. El edificio embanderado es la Casa de Comedias.

El general Miller —uno de los muchos oficiales ingleses que lucharon a las órdenes de los libertadores de los países americanos—, que en 1826 desembarcara en Montevideo, advierte con sagacidad que "la política del general Lecor, promoviendo el matrimonio en sus tropas, había producido un efecto absolutamente opuesto al que se propuso, pues las mujeres que son naturales del país, catequizaron bien pronto a sus maridos, los cuales, tanto oficiales como simples soldados, se hicieron un objeto de desconfianza para el gobierno de Río de Janeiro, el cual hasta manifestó una cierta falta de confianza hacia el general Lecor, que es hombre excelente, y a quien habrían removido si el emperador hubiese podido hallar un sucesor de igual talento y merecimientos."

En 1827, cuando llega su connacional Roberto Gibson, en pleno



Un aguatero y lavanderas en los alrededores de La Aguada. Fragmento de una litografía de D'Hastrel (1840).

bloqueo a Buenos Aires, se encuentran en la bahía de Montevideo "cuatro o cinco fragatas" británicas. Camina por sus calles, desiertas en horas de la siesta, y refiere que la catedral es un edificio construido de ladrillos y que sus torres, situadas una a cada extremo del frente del edificio, "están cubiertas en la parte superior, con piezas de barro cocido, china o porcelana labrada o de yo no sé qué, de más o menos pie y medio cuadrado".

ALCIDES D'ORBIGNY DESCRIBE EL CAMPAMENTO DE LOS PATRIOTAS

Basta de viajeros presurosos que sólo advierten la epidermis de los hechos ciudadanos. Llega en 1827 a Montevideo el naturalista francés Alcides Dessalines d'Orbigny, en misión oficial del Museo de París, para estudiar la fauna y la flora de los países de la cuenca del Plata. Atraviesa llanuras "en las que nada limita la mirada" y tras una hora de andar en carreta llega al campamento patriota.

Emociona la lectura del retrato que nos dejara de aquel ejército campesino, sufrido, fuerte y glorioso, al cual debemos principalmente nuestra tan preciada libertad, para bien de los uruguayos que fueron, de los que vivimos en esta hora fugitiva y de los aún increados:

"Para hacerse una idea de este campamento, es preciso concebir una reunión de gentes vestidas en todas las formas posibles, acostadas todas al aire libre. ¡Cuánto admiré entonces la simplicidad de esos valientes, consagrados a la defensa de su patria! Nunca tuvieron pan; carne, por todo alimento; expuestos día por día al fuego de un sol ardiente y sin otro lecho, de noche, que el cuero (recado) que oficia de montura durante el día y que extienden en el suelo por la noche, sirviéndoles el cuerpo de la propia montura de cabecera y su poncho de cobertor. Nunca pueden desvestirse. Cae el rocío sin impedir que esos bravos militares, hasta ayer pacíficos pastores, descansen esperando el día, que pasan vigilando sus fronteras y combatiendo a los usurpadores de su tierra. Apenas un galón en la gorra distingue a los oficiales de los soldados rasos. La vestimenta de los soldados gauchos consiste en un calzón blanco o calzoncillo, un chiripá de color azul o rojo escarlata, pieza de tela que les envuelve la cintura y las piernas; un poncho azul orlado de rojo, que pliegan sobre sus hombros, lo que presenta un contraste de colores bastante subido. Por calzado gastan botas de potro, es decir botas hechas con cuero pelado sin curtir, de la pata de un caballo, y cuyo codo forma el talón. Se tocan con un sombrerito en forma de pan de azúcar, cubierto casi siempre por un pañuelo de color atado a la cabeza de manera que flote sobre sus hombros y los refresque mientras galopan. Como armas tienen un sable, una carabina y a veces pistolas; pero todos están munidos del terrible lazo del

que más de una vez tendré ocasión de hablar, así como de las no menos peligrosas bolas. No existe algo más elegante que un gaucho al galope, alzado el poncho, con la tercerola apoyada en el muslo y en actitud oblicua."

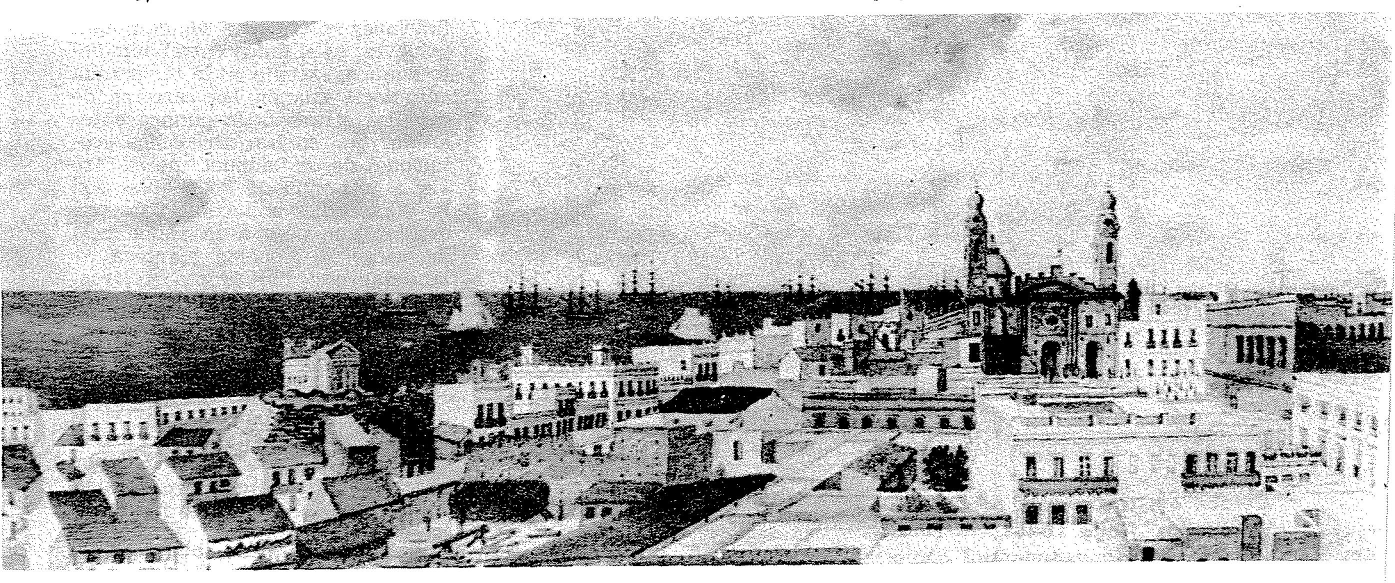
El dibujante y pintor de Chambéry, Carlos Enrique Pellegrini, que vivió en 1828 en Montevideo durante unos seis meses, dirá en carta dirigida a su madre el 28 de abril de ese año que la ciudad tiene de quince a veinte mil habitantes, entre los cuales un diez por ciento eran franceses.

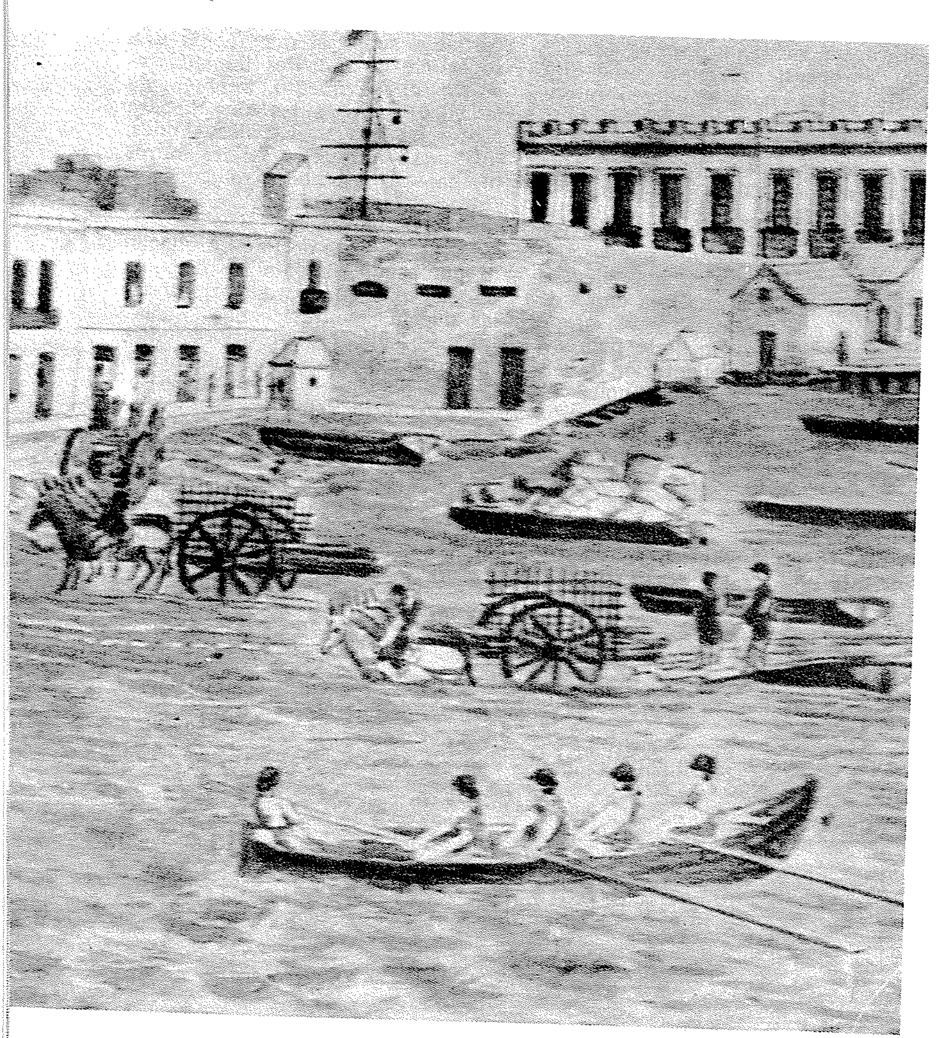
"Por las veredas mal enlosadas —le escribe— pasean las damas al atardecer, visitando los negocios de los europeos, que aquí como allá se esmeran en la brillante presentación de sus vidrieras. No hay, quizá, lugar tan preocupado por el lujo en el vestir de las mujeres como esta ciudad de América. Todo lo sacrifican al engalanamiento de sus personas y muchas que duermen en un mal lecho y apenas tienen qué comer, salen más elegantemente vestidas que una dama de rango.

"Pero, en cambio, ¡qué pobreza, qué desnudez en el interior de sus casas! Cuatro muros blanqueados con habitaciones de un solo piso, un techo de tirantes groseramente cortados, sobre el que reposa una superficie de ladrillos llamada terraza; el pavimento también de ladrillos, unas sillas de madera confeccionadas en Estados Unidos, una mesa, un lecho, en los muros ni papeles pintados, ni cuadros. Rara vez una alfombra... Mosquitos, ratas, hormigas."

Recién llegado de París, Pellegrini, que según sus palabras disponía de sus pinceles para abrir todas las puertas montevideanas "hacia" las más bellas mujeres sobre todo", no se adaptaba, indudablemente, con sus 28 años y su título de ingeniero, a la sencillez de sus viviendas.

Perspectiva del Oeste de la ciudad (año 1848). Autor: Besnes e Irigoyen.



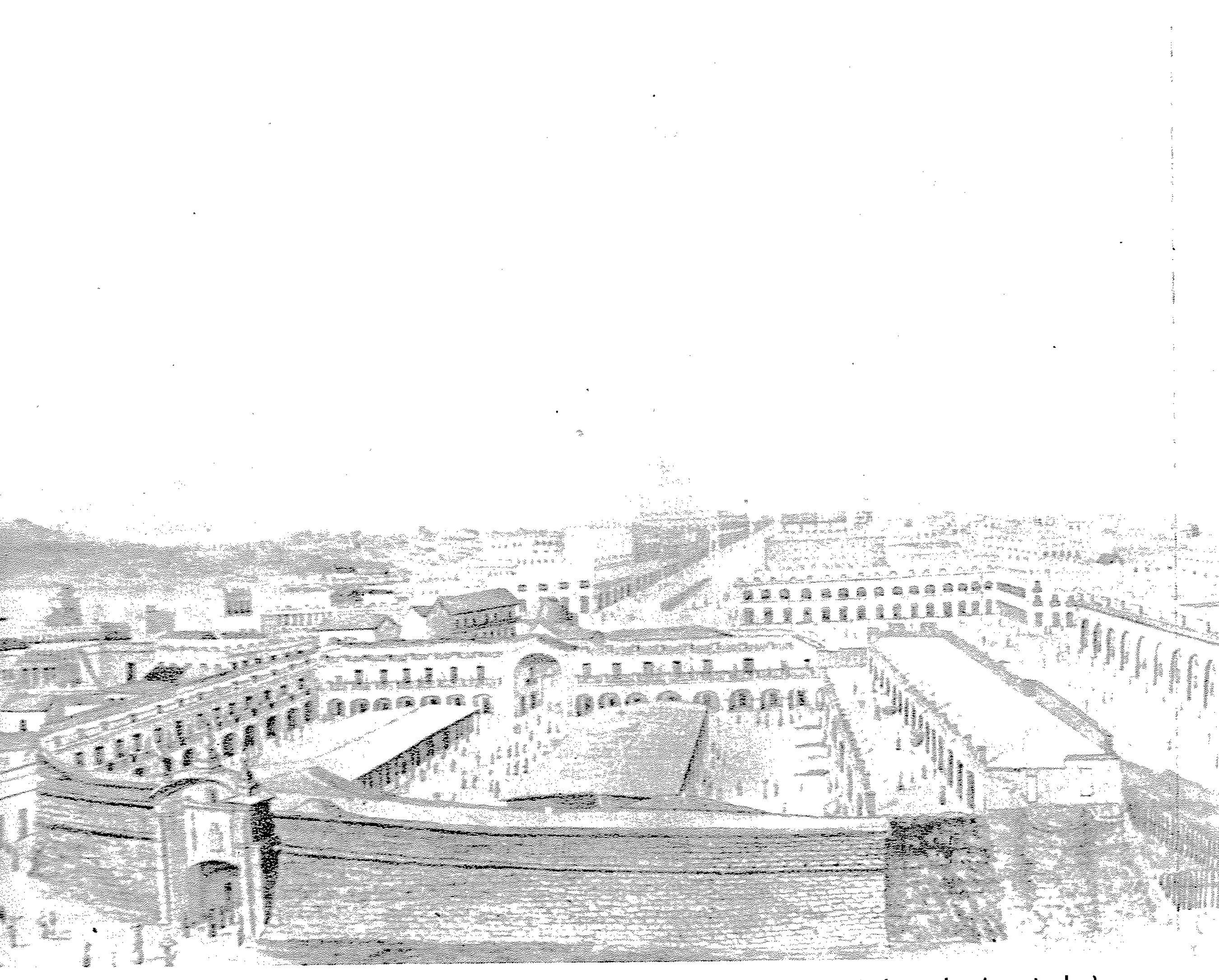


Detalle de la acuarela de Besnes e Irigoyen "Vista del muelle viejo y bóvedas" (año 1848).

A mediados de 1828 tomaba puerto en Montevideo la corbeta Chanticleer. El principal objeto de su viaje era descubrir la verdadera forma de la tierra mediante una serie de experimentos con péndulo. En ella llegó el cirujano inglés N. H. B. Webster, que luego recogió en un libro sus recuerdos de la larga travesía.

Webster comenta que las calles tienen solamente una lámpara de cuando en cuando; que el comerciante que está interesado en los negocios marítimos tiene su mirador, una especie de torre de observación, donde con su largavista observa el distante horizonte hacia el este, ansioso por el esperado arribo de algún velero; que los tenderos son españoles; que en el mercado se venden gran cantidad de caracoles que se utilizan para hacer sopa; que la ópera, cuyas funciones se efectúan los domingos y jueves, es el único entretenimiento público, excepto en la temporada veraniega, cuando las carreras de caballos atraen a un público entusiasta; que en las intrincadas evoluciones de un "minuet" no es raro ver a una niña de ocho años, con la gravedad e importancia de una adulta; que pese a la abundancia de vacas se importa manteca irlandesa; que tan pronto se trasponen las murallas de la ciudad, se presenta la misma escena de repugnante suciedad que apuntan casi todos los viajeros.

Aún los imperiales brasileños son dueños de Montevideo, pero el 1º de mayo de 1829 el gobierno patrio hará su entrada en la ciudad por el viejo Camino Real, hoy avenida Agraciada, recibiendo el fervoroso homenaje popular.



El mercado, observado desde el mirador de Juan M. Pérez (Sarandí y plaza Independencia actuales).

EN LOS PRIMEROS TIEMPOS DEL URUGUAY INDEPENDIENTE

En momentos en que el general Fructuoso Rivera asciende a la primera presidencia de la República, veinte años de guerra habían reducido al máximo los recursos económicos del país.

El antagonismo que distanciaba a los hombres de Montevideo y de la campaña también se hacía visible entre quienes habían sido, en el ámbito de la ciudad, aportuguesados, abrasilerados o porteñistas. Las clases dirigentes —doctores, comerciantes, grandes hacendados— cuando no repudiaban abiertamente el sistema artiguista lo sepultaban en un total olvido, actitud que postergó por largos años el juicio definitivo de la historia.

No obstante este esencial cambio político en la vida nacional, se sucederían los choques entre los caudillos que habían posibilitado nuestra vida independiente —Lavalleja y Rivera— y luego la dilatada y devastadora lucha por el derecho de dominio del país entre nuestros dos primeros presidentes —Rivera y Oribe— con la asistencia y, por supuesto, poderosa influencia de aliados extranjeros.

Cabe recordar el juicio de Eduardo Acevedo, en sus "Anales", refiriéndose al primer conflicto: "Siempre, invariablemente, el mismo móvil de predominio personal. Cada uno de los dos grandes caudillos procuraba poner el pie encima del otro. Rivera a título de su mayor volumen político y militar durante las campañas de Artigas; Lavalleja por su Cruzada de los Treinta y Tres en momentos en que Rivera todavía continuaba adherido a la dominación portuguesa. Del país en que ambos habían sacrificado todo cuanto tenían y todo cuanto valían y por cuya ventura volverían a sacrificarse una y cien veces, porque eran grandes patriotas; del país se olvidaban en absoluto frente al problema de cuál de ellos dos ocuparía la Presidencia y tendría subyugado al otro."

NUESTRAS FESTIVIDADES VISTAS POR UN SUECO

Con el sueco Carlos Eduardo Bladh retomamos la voz de los viajeros. Es típica su descripción de las bulliciosas celebraciones que se realizaban en carnaval y durante las fiestas mayas, en las que se conmemoraba, durante tres días, el comienzo del movimiento revolucionario bonaerense de 1810:

"Los días 25, 26 y 27 de Mayo se festejan anualmente con variadas diversiones. Entre otras pude ver [1831] una especie de calesita, instalada en la plaza mayor de la ciudad. Un grupo de jóvenes de buenas familias se habían disfrazado de gauchos y andaban a caballo a toda carrera con las lanzas en posición de a la carga, en una pista cercada, a los efectos de ensartar con las lanzas la sortija colgada en hilera al través de la pista. Estaban presentes jueces competentes, quienes entregaban los premios a los ganadores, mientras que grupos de espectadores vestidos con ropas coloridas y llamativas, llenaban el aire con algarabía. A poca distancia se veía un joven gaucho montando un caballo chúcaro que hacía toda clase de saltos a los costados y hacia arriba [corcoveos] a los efectos de librarse del jinete, pero éste estaba como clavado en el lomo del bagual sin tener recado alguno. Otra diversión que me llamó mucho la atención era la entrada de un toro salvaje, también jineteado por un gaucho. El toro hacía lo indecible en sus piruetas para librarse del jinete, a veces tirándose al suelo con fuertes bramidos, en cuyo momento el jinete momentáneamente dejaba el toro, para en seguida montarlo cuando éste se levantaba.

"El carnaval se festejaba aquí en la misma forma que en Buenos Aires, con bailes de disfraz, juegos de agua y arrojando huevos, etc. Especialmente se tiraban huevos contra las casas en las cuales vivían muchas mujeres. Éstas se refugiaban en las azoteas, pero allí estaban de nuevo expuestas a los ataques de los vecinos, porque enormes pilas de huevos llenados con agua habían sido acumulados en las azoteas; siempre había suficientes hombres y jóvenes, quienes con gran fuerza tiraban las bombitas traidoras. En estas fiestas participaban todas las clases sociales en los entretenimientos públicos; se ve en estos momentos en las calles y en las plazas una multitud de gente mejor y peor, gauchos, negros e indios.

"Los negros, de los cuales una gran parte son libres, el resto esclavos, son especialmente dados a los placeres. En un lugar abierto, afuera de la parte sur de la muralla, se les ve todos los domingos de tarde en grupos, según cada nación, cantando sus canciones y bailando sus bailes típicos."

Escapando apenas a un temporal del sudoeste, arriba nuevamente a Montevideo, el 12 de octubre de 1834, Juan Parish Robertson. La navegación del Plata seguía siendo arriesgada y se perdían muchos barcos a causa del pampero y de los frecuentes cambios de situación de los bancos de arena. De ahí el nombre que le daban los españoles al río: "el infierno de los marineros."

Atento observador de la realidad, registra así la situación de la ciudad a su llegada, con claras y discretas expresiones:

"Al presente, las causas políticas, así como otras, le dan superioridad a la Banda Oriental, cuyo comercio aumenta diariamente, mientras el de Buenos Aires declina. Bajo la mediación de Inglaterra, el territorio de la Banda Oriental forma un Estado integral. Brasil y Buenos Aires fueron a la guerra y agotaron mutuamente sus recursos, con la esperanza de redondear sus territorios anexándose estas llanuras. Por lo tanto, Inglaterra se ha hecho, en cierta medida, guardiana de la independencia de Montevideo; bajo los mismos auspicios, los límites de los dos Estados quedan por ser ajustados, de acuerdo con los términos de un convenio hecho entre ellos al finalizar la guerra. La ciudad está protegida todavía, al este, por sus fortificaciones; pero de acuerdo con el tratado brasileño, éstas deben ser destruidas."

EL PROGRESO EDILICIO SE ACELERA

Montevideo va cambiando rápidamente en su aspecto edilicio, proyectándose —fuera de las murallas que se empezaron a abatir en 1829— en la Ciudad Nueva, delineada entre las calles Ciudadela y Ejido por el coronel de ingenieros José María Reyes.

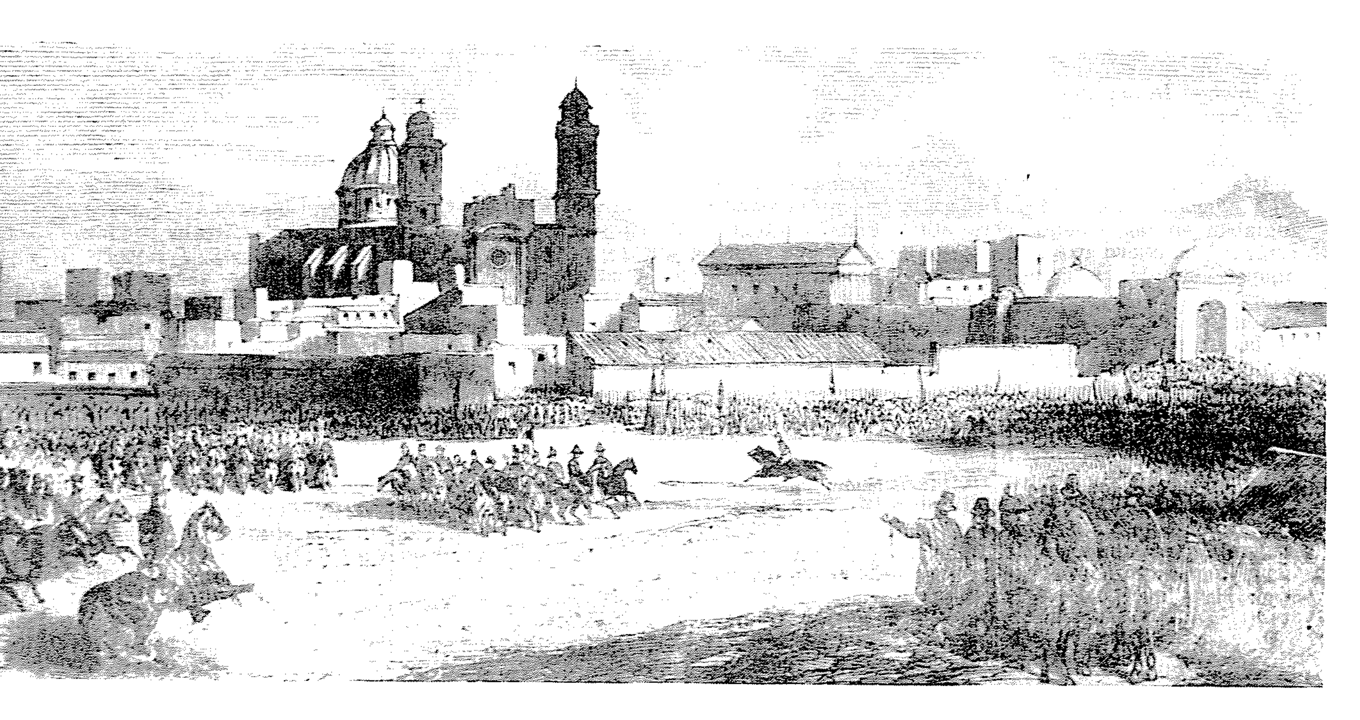
Robertson presenta este esperanzado cuadro: "La cantidad de edificios nuevos y las masas de ladrillos y argamasa que obstruyen el tránsito por las calles, son evidencias seguras del mejoramiento y ensanche progresivos de la ciudad; mientras que el estancamiento total de todas estas obras en Buenos Aires presenta un contraste impresionante, en nada favorable a las perspectivas de esta última ciudad.

"En poco tiempo, las casas de ladrillos, pequeñas y bajas de Montevideo, serán suplantadas por edificios espaciosos y elevados, de gusto europeo, que ya se están construyendo por el lugar."

Muy poca gente caminaba por las calles cuando las recorre Robertson. Casi todos eran jinetes que realizaban compras, vestidos con ponchos rojos y multicolores, de los cuales nos brinda este retrato: "Usan espuelas extraordinariamente pesadas que resuenan contra el suelo cuando caminan y, en lugar de botas, introducen sus piernas en pieles de patas de caballo estiradas, las que llegan hasta un par de anchos pantalones bajo la rodilla: esto deja el pie casi desnudo. Sus estribos son de madera o bronce, de forma triangular, y tan chicos que, en lugar de admitir todo el pie, son enganchados en los dedos grandes —operación penosa para cualquiera—, excepto para un gaucho. Cuando desmontan, arrojan las riendas sobre el pescuezo del caballo, el que no se mueve de su sitio hasta que el jinete vuelve a saltar sobre su lomo."

El impenitente viajero italiano Gaetano Osculati no demuestra el interés de Robertson por los gauchos, a su paso por las mismas calles, a mediados de 1834, pero damos fe de que dirigió su atención hacia el interior de las moradas.

De su relato extraemos este comentario, hecho al referirse a las casas, "siempre abiertas de par en par, porque las opulentas familias (...) gustan hacer ostentación de sus lujosos mobiliarios." "Los transeúntes pueden por tanto ver a cada paso, desde la calle, las más ricas



Revista de la guarnición de Montevideo por el comandante en jefe César Díaz, el 1º de agosto de 1851.

doncellas recostadas perezosamente sobre el sofá, con el abanico y con la guitarra en la mano, o con el cigarrillo en los labios, con flores en sus trenzas y en poco recatado atavío, muy poco celosas de los brazos o del seno, siempre risueñas, alegres y amorosas."

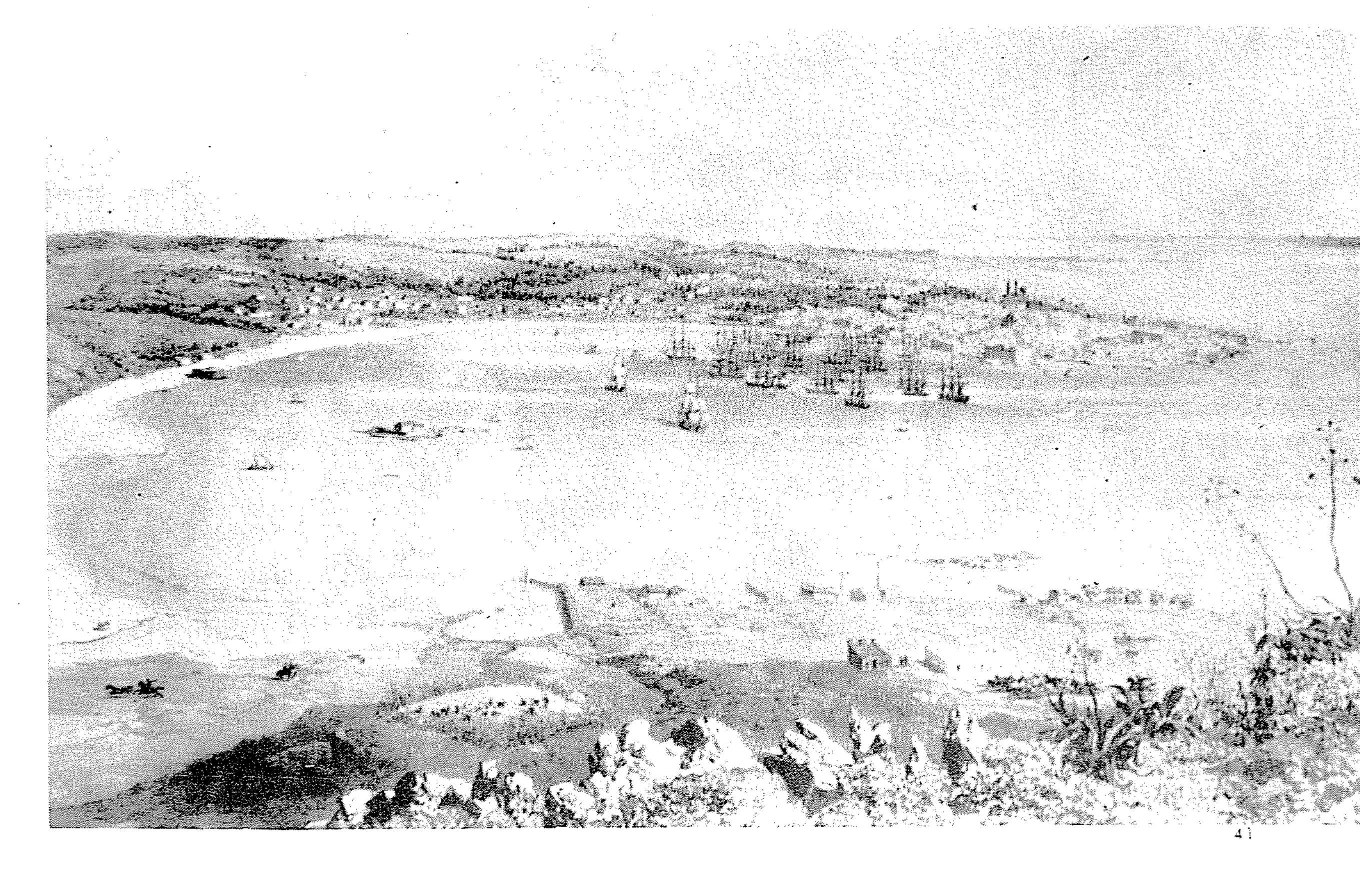
A fines de 1834 llega en el barco de S. M. "North Star" otro observador inglés, P. Campbell Scarlett, quien destaca que el mayor comercio de exportación, en trueque de mercaderías de Glasgow y Manchester, son los cueros. Un connacional, comerciante de Montevideo, a vía de ejemplo, había obtenido licencia del gobierno para matar 3.000 caballos para aprovechar su cuero.

"El modo de cazarlos, según me ha informado —dice Campbell Scarlett—, es extremadamente cruel. Los cazadores los persiguen con machetes afilados y los desjarretan en el mismo instante en que son enlazados. Sin pararse para evitarles sufrimientos, con un rápido golpe mortal, continúan su abominable deporte durante varios días, y luego regresan a desollar las víctimas, que han sufrido una existencia penosa, o se han desangrado lentamente hasta morir en el lugar que cayeron."

Agrega estos conceptos, que rei-

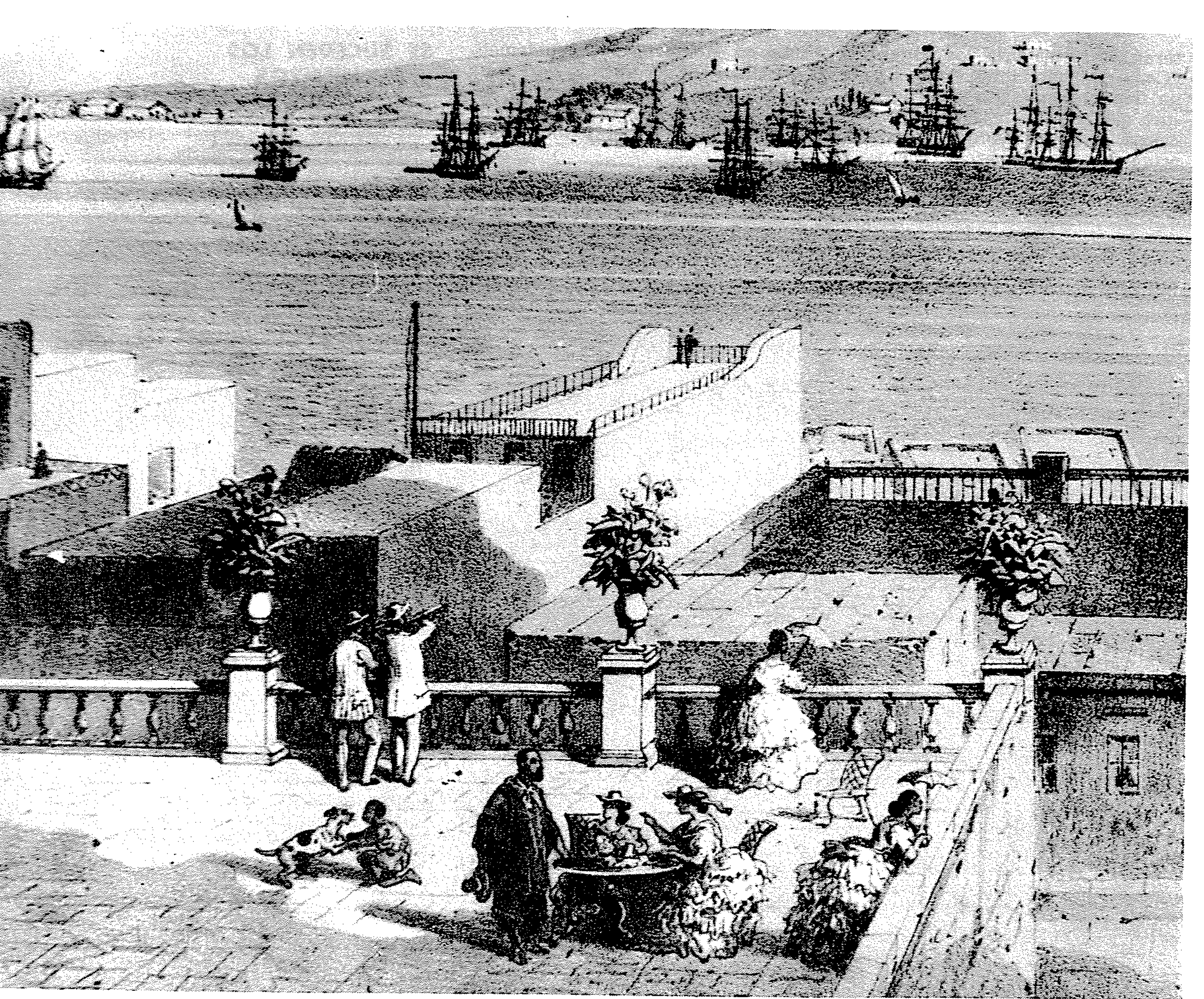
teran, en su mayoría, los visitantes: "Como los habitantes de la Banda no tienen manufacturas ni agricultura que atender, no hay gente más ociosa, excepto las que tienen la ocupación de embarcar cueros y sebo en Montevideo." Seguidamente escribe: "Exceptuando barcos de cabotaje de pequeña carga, el comercio de este río se lleva a cabo en bodegas extranjeras, invariablemente."

Vista desde el Cerro, captada a mediados del siglo XIX por Dulin. Litografía de Sabatier.



SE SUCEDEN LOS MOVIMIENTOS ANARQUICOS

Gobernaba el general Manuel Oribe en momentos de la llegada de Campbell Scarlett, que opina así de los aspectos políticos: "En esta República, un partido ambicioso sucede rápidamente a otro en el timón de los asuntos públicos, y, como en todos los estados del



Típica escena de mediados del siglo XIX en las azoteas montevideanas.

Nuevo Mundo, la conspiración y las revueltas son atributos eternos del republicanismo. Así la implantación de cualquier medida buena y permanente es detenida en sus comienzos, y la única probabilidad de que un partido nuevo alcance el poder, se presenta cuando la gente, injuriada por muchos abusos del mismo, no le aguanta por más tiempo.

"En Montevideo hay un presidente que es un mero instrumento del general más popular que recientemente ayudó a echar el gobierno anterior y que, como Rosas en Buenos Aires, probablemente será presidente él mismo en cuanto se le antoje."

Los movimientos anárquicos los había iniciado Rivera en 1826, en la época que Lavalleja ejercía el cargo de Gobernador y Capitán General de la Provincia, actitud que reiteró en vísperas de los comicios de 1830. Lavalleja a su vez había depuesto a la Junta de Representantes y al Gobernador Delegado Joaquín Suárez y se había erigido en dictador en 1827. Se alzará en armas en 1832 y 1834, durante la primera presidencia de Rivera, quien movilizará sus partidarios en 1836 y 1837, sublevándose contra Oribe. Auscultando sin duda la opinión pública o la del cónsul inglés Samuel Hood, a fines de 1834, Campbell Scarlett intuía los sucesos sobrevinientes que culminarían con la renuncia del 2º Presidente Constitucional.

En 1838 los franceses hicieron alianza con Rivera contra Rosas. Una de sus consecuencias fue el largo bloqueo a que fue sometida Buenos Aires. El comercio se centralizó en Montevideo y la ciudad



En la zona de La Aguada. Fragmento de una acuarela de José A. Héquet (década de los años 60 del siglo XIX).

adquirió un vigoroso impulso con el incremento del potencial humano. Tendrá unos 50.000 habitantes al producirse en 1843 la invasión del ejército argentino comandado por Oribe.

EL ALUD COSMOPOLITA

"Hay pocos lugares en el mundo —escribe el viajero inglés W. Whittle, que llegara al Uruguay el 13 de junio de 1842—, diría ninguno de su tamaño, donde la comunidad se forme de tan diferentes naciones. Aquí se pueden encontrar españoles, brasileños, italianos, franceses, ingleses, portugueses, hamburgueses, suecos, prusianos y a veces rusos; también americanos y sardos." Las circunstancias políticas rioplatenses habían decidido esta densa corriente de inmigrantes que desplazaban, con su laboriosidad, al habitante autóctono de la ciudad, pero que al afincarse en ella y formar su hogar, luego contribuyeron a su rápido progreso.

Refiriéndose a los vascos, muy numerosos por cierto, dice Whittle "Se supone que son cerca de diez mil. Ellos traen y retienen consigo sus costumbres y forman un pequeño mundo. Tienen sus propios lugares de esparcimiento, como los billares, cafés, salones de baile, etc., y en domingos y feriados los jóvenes de Montevideo concurren a jugar a la pelota vasca, cuando tienen deseos de jolgorio.

"Muchas de las mujeres son extremadamente bonitas y muy vivaces. Generalmente hablan tanto francés como español, puesto que su región de origen está entre ambos países; pero ninguno de los dos con acento puro, como puede imaginarse. Tienen varias buenas bandas de música y realmente no conozco gente que parezca divertirse tanto como ellos. Muchos se han hecho bastante ricos en pocos años, debido a la gran demanda de casas, construidas por ellos en la parte alta de la ciudad. Constituyen una clase inteligente, moderada e industriosa. Superior en muchos aspectos a nosotros, aunque, ciertamente, muy lejos del maquinismo; pero eso debemos esperar [que lo logren.]"

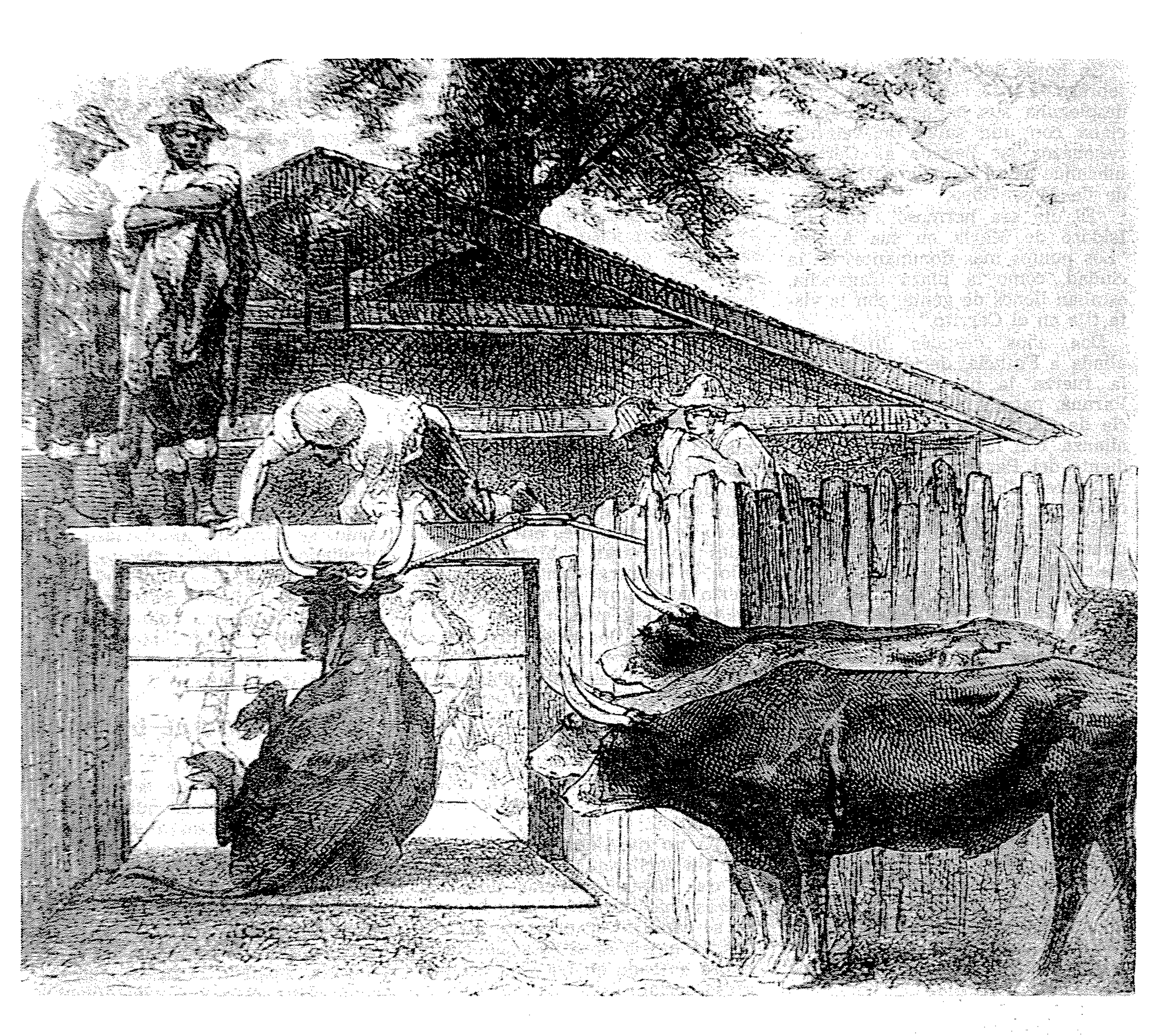
La mayoría de las calles montevideanas seguían teniendo en la época un solo piso, pero en la zona comercial había edificios de dos y de tres, cuyos patios estaban, en general, rodeados de galerías.

Dichos patios estaban comúnmente pavimentados de mármol, en cuadrados o rombos blancos y negros. Plantas con flores, naranjos, a veces en jarrones de mármol, y figuras colocadas aquí y allá le daban a las residencias, una hermosa y amena apariencia.

El presidente Rivera, que se encontraba en campaña, hizo su entrada a la ciudad el 20 de julio de 1842, escoltado por un cuerpo de guardia formado por caballería de soldados guaraníes. El advertido Whittle describe así la escena: "Es un hombre de aspecto impresionante, de cutis oscuro y que aparenta cincuenta años de edad. Estaba vestido con uniforme de general, con profusión de encajes dorados y charreteras de oro; las tropas presentaron armas cuando pasó."

Una serie de bailes y entretenimientos se programaron a su llegada. El embajador británico vino de Buenos Aires para ratificar un tratado de comercio y navegación con nuestro gobierno. Y en su honor los comerciantes ingleses dieron una gran cena y baile a los que asistió el presidente. Con su aguda vista observa Whittle: "El baile tuvo lugar en la mansión más grande de la ciudad. Todos los «patios» fueron cubiertos y las paredes adornadas con colgaduras estriadas. Los diferentes salones presentaban un aspecto soberbio; todo lo que pudiese agradar a los ojos y agregar belleza a la escena, se había escogido sin reparar en el gasto. En el baile se debían ver algunas de las más bellas mujeres de Sud América, y no eran pocas; estaban todas espléndidamente vestidas, y parecían disfrutar muchísimo. Los franceses, sardos y unos pocos brasileños, contribuyeron a la alegría de la noche... Esta tenida nunca se había dado en esta parte del mundo y no será fácil de olvidar. Costó a las casas británicas más de mil libras."

Al comienzo de enero de 1843, había 113 embarcaciones en el puerto de Montevideo, excluyendo los buques de guerra, y 43 en Buenos Aires. Pero durante el último período de la residencia de Whittle en el país —partió de regreso a su patria el 2 de diciembre de dicho año— su comercio estaba en un estado deplorable y no se vendían mercaderías. Ante el asedio del ejército de Oribe, no tuvo otra alternativa Whittle que abandonar la ciudad. "Espero que antes de mucho —nos dirá al partir— amanecerán días más brillantes, cuando en vez de cortarse el cuello unos a otros, la gente vuelva su atención a promover las artes de la paz, el comercio y la civilización."



Matanza de ganado. Dibujo de D. Maillard, según un croquis.

TESTIMONIOS DEL SITIO

En horas de la tarde del 16 de febrero de 1843, el ejército de Oribe desplegaba sus banderas y anunciaba con una salva de veintiún cañonazos su llegada al Cerrito, iniciando así el llamado Sitio Grande de Montevideo.

"El día era hermoso", nos dice Isidoro de María en sus Anales. "Los puntos más dominantes de la ciudad, como la plaza Cagancha, estaban llenos de gente, con la vista fija en el Cerrito."

Dos años después Inglaterra, aliada a Francia, decidió abrir por la fuerza la navegación del río Paraná, para auxiliar a la provincia de Corrientes que había hecho alianza con la provincia independiente del Paraguay contra Rosas. El suceso dio lugar a que Oribe confinara en Durazno a los franceses e ingleses radicados en el interior uruguayo, especialmente en las costas del Plata y del Uruguay.

Uno de dichos prisioneros, Benjamín Poucel, establecido en la confluencia del arroyo Pichinango con el Rosario, con establecimiento dedicado preferentemente a la explotación de lanares merinos, nos relata así, 18 años después, el siguiente diálogo sostenido con el general Manuel Oribe en oportunidad de una entrevista que le concediera en su cuartel general, adonde acudiera para interceder por los detenidos en Durazno.

"...«He aquí, dijo [Oribe], nuestro criador de merinos que me predica agricultura e inmigración, ¡como si nosotros los orientales no fuéramos capaces de hacer bastantes niños para poblar nuestro país!»

"Yo no vi en esta salida más que una ocurrencia, y respondí en el mismo tono: «Cierto, general, ustedes los harán, pero con la diferencia de que una buena inmigración dará al país en diez años, un número de agricultores que los orientales no podrán fabricar en cien años, y mientras tanto el país desierto continuará sufriendo los males que lo agobian.»

"Varios de los asistentes, desconocidos para mí, parecieron chocados por mi respuesta, y sin duda Oribe lo percibió, porque replicó en tono brusco: «¡Tanto mejor! estaremos más a gusto.»

"Evidentemente esta respuesta era de circunstancia, y en efecto, ella concitó la aprobación unánime de todos...

"Yo no me desconcerté y repliqué sin vacilar: «No es menos cierto que hasta que esas doce mil lanzas (mostrando el campamento) no se cambien en otros tantos arados, la patria de Su Excelencia no habrá entrado en las vías del progreso social.»

"Oribe me interrumpió bruscamente, y dirigiéndose a sus visitantes, dijo: «Uds. no conocen al señor Poucel. Él tiene la manía del arado.»"

En agosto de 1846, al ser liberado, se dirige a Montevideo y a mediados del año siguiente parte hacia Europa. Levantado el sitio, regresa al Uruguay a trabajar en su establecimiento coloniense. De su estada en Montevideo nos ha dejado, entre otras, esta sabrosa pintura de ambiente.

LA VIDA SOCIAL DE LA CIUDAD

"En un país donde las diversiones públicas son casi nulas, le hacía falta al carácter afable y conversador de los habitantes del Plata, una idiosincrasia que compensara la ausencia de estas distracciones. De ahí ha nacido una costumbre desconocida en el norte de Europa, pero trasmitida por la península española a su antigua colonia. Esta clase de divertimientos se llama la tertulia. Las hay de distintas clases: la tertulia de baile,

que representa nuestra velada danzante o el baile, es la grande; la tertulia de canto, nuestra velada musical; la tertulia de los hombres, que se reúnen periódicamente, cada 24 horas, en el mismo lugar, para hacer la partida de naipes —sobre la misma mesa, ésta muy simple—; pero la que lo es menos, es la tertulia de fundación, o sea de familia, la verdadera tertulia hispanoamericana. Ahí los íntimos de la casa, parientes o extraños a la familia, se reúnen cada noche por el placer de estar reunidos. Las damas rodean la mesa de trabajo, las personas jóvenes alternan entre la labor, la lectura o la música, y los hombres —si no están en la mesa de juego— mariposean entre las dos mesas o alrededor del piano. A las diez se trae el té que es servido por la señora de la casa o una de sus hijas, indistintamente. Ésta es ayudada en este trajín por uno de sus galantes convidados; luego se separan, poco a poco, salvo que un impulso repentino no arrastre los jóvenes al salón, para bailar un galop o ejecutar unas vueltas de valse, para disponer el cuerpo al descanso. Así es cómo se pasa la tertulia cotidiana.

Fuera de la tertulia como tal, o más bien otra fase de esta misma tertulia familiar, consiste en pasar la velada delante de las ventanas —generalmente enrejadas—, pero abiertas en toda su amplitud y sin luz en el salón. Es la tertulia que hay que llamar de cotorrear, o sea de conversar, charlar, de la palabra cotorra (perruche). He aquí un fuego graneado de propósitos, un caos de ideas superpuestas, en fin, una verdadera escaramuza (guerrilla) de palabras que se entrechocan a las carcajadas repetidas de una risa que se eleva, a veces, a proporciones homéricas. Los entreactos de ese vodevil, entre el patio y la calle, son tan numerosos como variados; pero lo más frecuente es un impulso repentino que arrastra a los asistentes al patio, para recoger —en el claro de luna— los ramilletes de flores, de los cuales las damas son pródigas para con los caballeros. Si la concurrencia es numerosa, varias damas de la casa se reparten la galante faena, pero, cuando se encuentra un recién venido o una persona de categoría, es generalmente la dama de casa la que ejerce la galantería del ramo, entregándole el primero al personaje..."

"Así se pasa una noche de verano —agrega Poucel— tan bella en esos países, a menos que los ardores del día no hayan dado el deseo de pasar la velada en el agua, pues es un placer muy corriente el baño nocturno en las costas del río. A los asistentes se les ruega acompañar a las damas; se va al baño con el paseo."

UNA VOLUNTAD DE SUPERVIVENCIA

Aunque, contestando a los panegiristas de Rosas, el general Melchor Pacheco sostenía en París que en nuestras guerras se moría como en todas las guerras, éste es el comentario que le sugiere al general Tomás Iriarte en sus Memorias el Sitio de Montevideo, a los treinta meses de iniciado:

"...Aunque parezca incomprensible, los agresores han estado a la diligencia, y los bloqueados los que se han presentado casi siempre provocándolos; esto es verdaderamente un mérito, y no es nuestro ánimo defraudar de él a los defensores; pero téngase presente que en treinta meses de asedio el ejército enemigo ni una sola vez ha intentado un ataque formal; es decir que jamás nos ha puesto a prueba; sin que por esto pretendamos establecer que comprendiéndolo nos habría vencido, bien que hemos abundado en explicaciones para probar el riesgo que habíamos corrido; no por falta de valor, que por el contrario ha sido bien probado, sino por incuria y por la inexactitud y abandono con que casi siempre se ha hecho el servicio. ...Convengamos, pues, que ponderar tanto la resistencia de Montevideo es exagerar y desfigurar los hechos, salir de la esfera de la realidad, y vestirse de una pompa postiza, quererse rodear de una aureola de gloria más radiante que la que verdaderamente se ha adquirido. Porque es cierto, Montevideo ha adquirido gloria; pero ésta únicamente consiste, no en la sangre que se ha derramado a pura pérdida, puesto que no ha tenido por objeto rechazar un solo ataque sino satisfacer, la mayor parte de las veces, el capricho y la cruel vanidad personal de los jefes que estaban obligados a economizarla; la gloria que Montevideo ha adquirido consiste esencialmente en la constancia, en el tesón con que siempre han estado sus defensores dispuestos a morir antes que abandonar el puesto, si los enemigos intentasen forzarlo, consiste en las privaciones que con resignación han sufrido, en la lealtad con que se han mantenido firmes cuando nin-



Escena de los salones ciudadanos de Montevideo. Fragmento de un óleo de Pedro Figari.

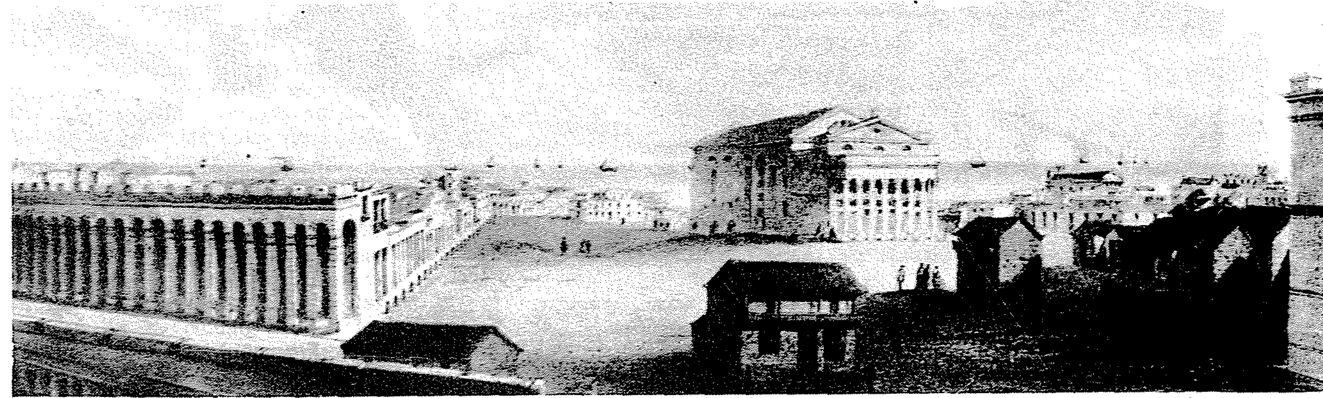
guna esperanza tenían de salvarse, cuando no había uno solo que no calculase que a la larga los enemigos triunfarían."

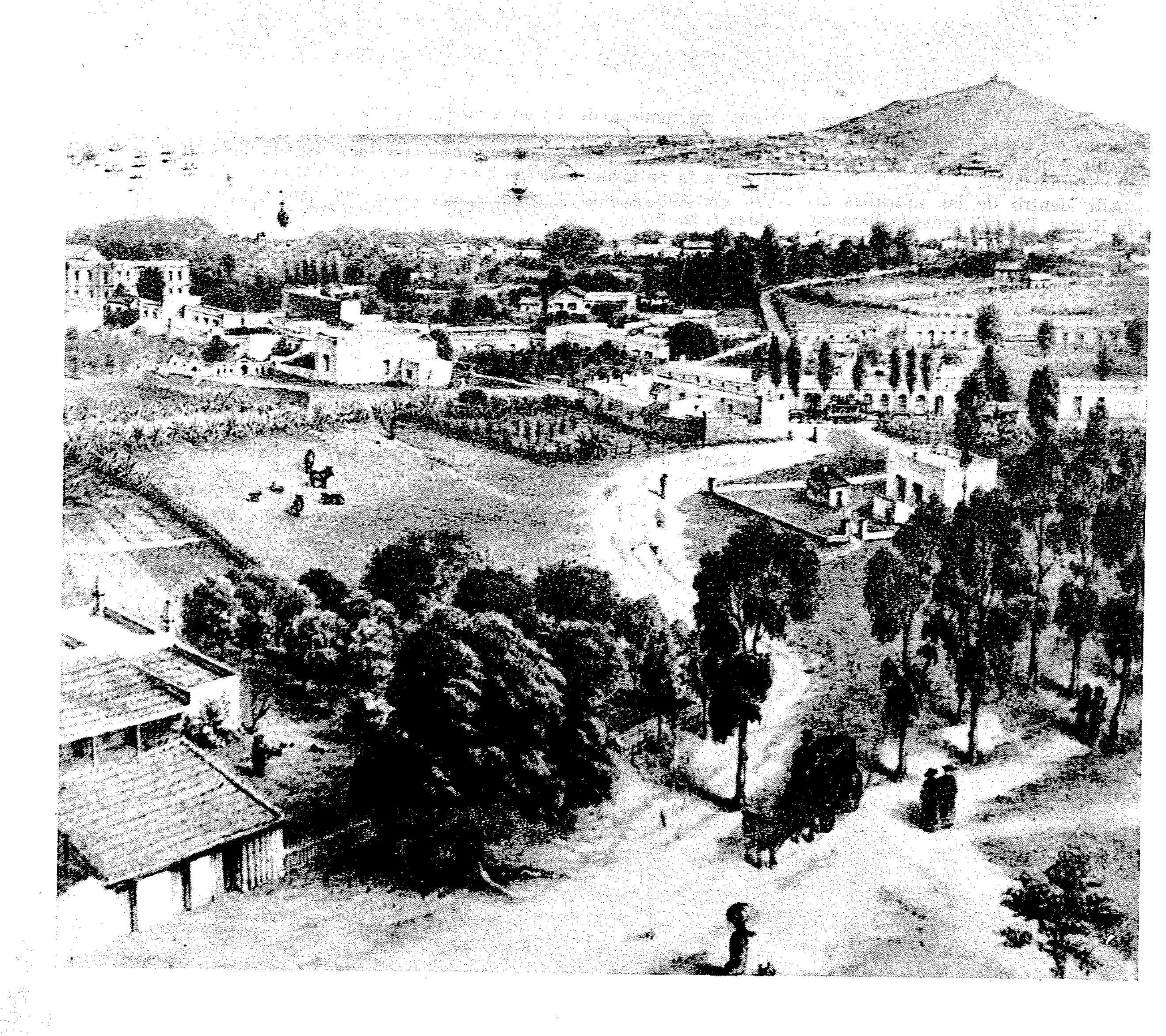
Allí, dentro de las murallas de "la Nueva Troya", como la llamara Dumas, convivieron en las redacciones de los diarios y en los puestos de lucha los poetas proscriptos de la Argentina. Hombres como Florencio Varela, el joven artillero Bartolomé Mitre, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Juan Cruz Varela, José Rivera Indarte, Hilario Ascasubi, Luis L. Domínguez, José María Cantilo y Juan Thompson, y otros que no fueron poetas pero sí grandes figuras de su tiempo, como López, Alberdi, Sarmiento.

Precisamente a Domingo Faustino Sarmiento corresponden estas penetrantes impresiones: "...Sorprende esta unidad de las dos riberas, de manera de hacer sospechar que su independencia respectiva es una creación bastarda i contraria a la naturaleza de las cosas. Un ejército arjentino sitiaba la plaza a las órdenes de un montevideano; i la plaza había improvisado i sostenido su resistencia a las órdenes de un jeneral arjentino. La prensa del Cerrito redactábanla montevideanos i la de Montevideo los arjentinos; i en ambos ejércitos i en ambos partidos, sangre i víctimas de una i otra playa, confundían sus charcos o sus ayes en la lucha que fomenta el rio que los une en lugar de dividirlos."

Agrega este juicio que vale la pena recordar: "No son ni arjentinos ni uruguayos los habitantes de Montevideo, son los europeos que han tomado posesión de una punta de tierra del suelo americano. Cuando se ha dicho que los estranjeros sostenian el sitio de Montevideo, decian la verdad, cuando han negado derramar su sangre en Montevideo, como en su patria, por sostener sus intereses, sus preocupaciones de espíritu i su partido, se ha pretendido una de las maldades mas flagrantes, aunque tenga el apoyo de la conciencia de todos los americanos. Sé que la vieja ojeriza española animada en nuestros corazones, i fortificada por el orgullo provincial de estados improvisados, se irrita i exaspera a la idea solo de dar a los estranjeros en nuestro suelo toda la latitud de acción que no tenemos nosotros; pero hace ya tiempo que el guante está echado entre ella i yó, i cuando el curso de una vida entera no lograra mas que mellarla un poco, me daría por bien pagado de los desagrados que puede acarrearme. La historia toda

Ei teatro de Solís y la Pasiva (año 1856). Dibujo de H. Bertet.





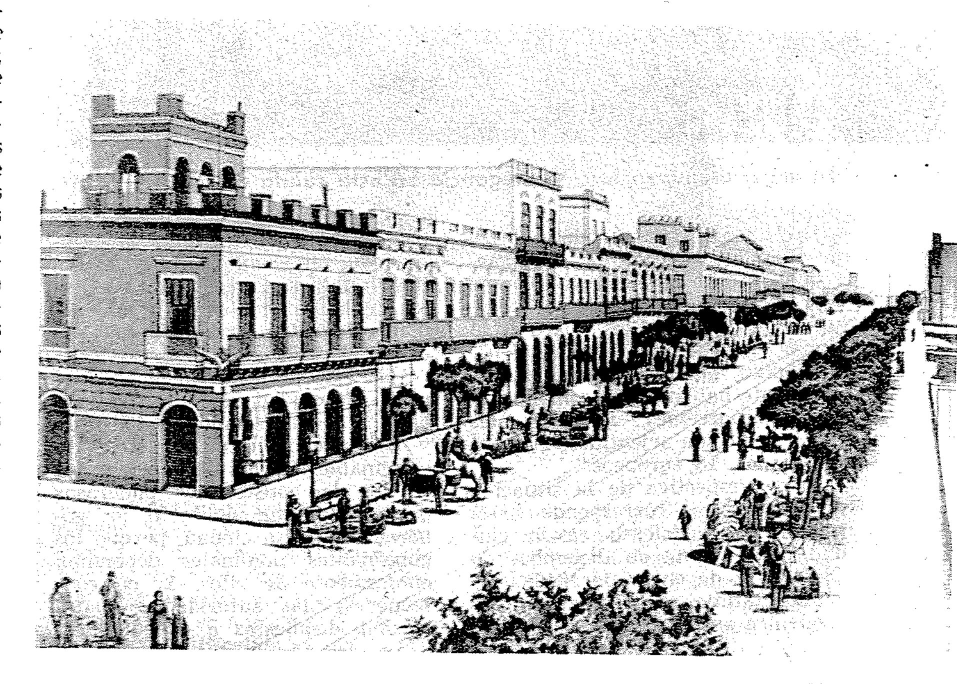
Perspectiva tomada desde el campamento de la iglesia del Reducto en 1884. Fragmento de una litografía de A. Godel.

entera de estos bloqueos i de estas intervenciones europeas en el Rio de la Plata, que traen exasperados los ánimos españoles-americanos por todas partes, la leo escrita sobre el rio mismo, en las calles i alrededores de Montevideo. Cubren la bahía sin número de bajeles estranjeros; navegan las aguas del Plata, los jenoveses como patrones i tripulación del cabotaje; sin ellos no existiría el buque que ellos han creado, marinan i cargan; hacen el servicio de changadores, robustos vascos i gallegos; las boticas i droguerías tiénenlas los italianos; franceses son por la mayor parte los comerciantes de detalle. Paris ha mandado sus representantes en modistas, tapiceros, doradores i peluqueros, que hacen servidumbre artística de los pueblos civilizados; ingleses dominan en el comercio de consignación i almacenes; alemanes, ingleses i franceses, en las artes manuales; los vascos con sus anchas espaldas i sus nervios de fierro, esplotan por millares las canteras de piedra, los españoles ocupan en el mercado la plaza de revendedores de comestibles, a falta de una industria que no traen como los otros pueblos en su bagaje de emigrados; los italianos cultivan la tierra bajo el fuego de las baterías, fuera de las murallas, en una zona de hortaliza surcada todo el día por las balas de ambos ejércitos; los canarios, en fin, siguiendo la costa, se han estendido en torno de Montevideo en una franja de muchas leguas, i cultivan cereales, planta exótica no hace diez años en aquellas praderas en que pacían ganados hasta las goteras de la ciudad. Todos los idiomas viven, todos los trajes se perpetúan, haciendo buena alianza la roja boina vasca, con el chiripá. Descendiendo a las estremidades de la población, escuchando los chicuelos que juegan en las calles, se oyen idiomas estraños, a veces el vascuence que es antiguo fenicio, a veces el dialecto jenoves que no es el italiano. Hé aquí el orijen de la guerra del Plata tan porfiada!"
Estos hechos de 1843 daba el padron estos curiosos resultados:

Habitantes de la ciudad	
Orientales	11.431
Americanos	3.170
Europeos	15.252
Africanos (libres)	1.344

Mucha parte de los vecinos nacidos en la ciudad, habían emigrado huyendo de los horrores del sitio; pero otro tanto habían hecho los inmigrados, puesto que desde 1835

La calle del 18 de Julio, un lejano día de feria de 1885.



clamas y a hacer leyes o no hacerlas, a hipotecar rentas, o llevar a cabo cualquier resolución que le fuera ordenada por los dichos gobiernos.

"Los habitantes de la ciudad estaban divididos en diversos bandos. Primero estaban los exportadores, cuyos negocios en algodón, lana, quincalla, etcétera, permanecían estancados por las acciones de guerra. Este bando condenaba la guerra en alta voz como inútil por el ningún efecto que producía y como ruinosa para ellos; también se lamentaban de que, por la confianza puesta en la intervención armada



La mujer uruguaya luce su elegancia en esta salida de misa de 1887.

a 1842, habían introducídose 33.136 de ellos. La ausencia de los primeros no altera en manera ninguna las proporciones, tanto mas que se tuvo en cuenta a los ausentes al tomar razon de sus familias. Tenemos, pues, que Montevideo, numericamente hablando, se compone de estas proporciones, de las cuales dos i medio son arjentinos, 11 montevideanos, 15 europeos."

Esta perspectiva de la situación de Montevideo corresponde a la estada de Sarmiento en la ciudad desde el 14 de diciembre de 1845 al 25 de enero de 1846.

Este último año, en agosto, se encuentra en Montevideo el teniente Lauchlan Bellingham Mackinnon, que en 1848 relatara, en un libro publicado en Londres, aspectos de la llamada intervención armada de Inglaterra y Francia en el Río de la Plata.

"En este período —dice Mackinnon—, la ciudad de Montevideo se hallaba en un estado de discordia y de caos que superaba todo lo imaginable. Los altos funcionarios de los dos países más poderosos del mundo eran, de facto, los gobernantes de la ciudad, porque los gobernantes nominales dependían enteramente de ellos. Y, en consecuencia, las autoridades locales estaban dispuestas a expedir pro-

Vendedor de pescado. El dibujo de Miguel J. Bosch documenta una escena cotidiana en las calles montevideanas hacia 1887.



de Inglaterra, habían ampliado el crédito al extremo, y por ese motivo perdían grandes sumas de dinero. Después venían los abastecedores de los buques. Éstos ganaban dinero por la extensa circulación de la moneda de John Bull y estaban cobrando a precios muy excesivos todo lo necesario para la provisión de los buques ingleses y sus tripulaciones..." "Los nativos de la ciudad —agrega el oficial británico— eran pocos y todos eran tenderos y dependientes de casas inglesas, cuyas opiniones nadie tenía en cuenta. El resto de la población estaba formada por vascos, por italianos y negros libertos."

A mediados de 1853, el artista inglés Robert Elwes, que durante dos años viaja alrededor del mundo realizando un recorrido total de 36.000 millas, llega a Montevideo y en su libro publicado poco tiempo después en Londres reitera conceptos de otros viajeros: "El pueblo necesita un gobierno estable para ser el más rico del mundo. No hay límite para el número de vacunos, caballos, etc., que pueden producir; pero no hay ninguna seguridad para que alguien invierta dinero en tal país." Elwes abandona pronto Montevideo pues ambos ejércitos convertían su permanencia allí, según sus propias palabras, "en cualquier cosa menos en agradable". "Los de afuera —nos dice— disparan si ven a alguien cerca de las líneas, y los de adentro tienen la costumbre de enlazar a la gente y robarla, si uno se acerca al desembarcadero por la noche."

Robert Elwes nos dejará este juicio tajante y realista: "Montevideo no sólo está sufriendo la desolación de un largo asedio, sino que se ha convertido en una especie de refugio para los vagabundos descontentos de todos los países de Europa. Ingleses, franceses, italianos, alemanes, vascos, van allí como mercenarios, se llaman a sí mismos patriotas, y consideran que están luchando por la libertad del país. Las naves de guerra también van a proteger el lugar; los franceses desembarcan sus tropas, los ingleses, sus marinos, pero apenas saben por qué están luchando, o a quién están apoyando."



La Aduana, La Bolsa, la sociedad "La Lira" y el teatro Politeama (Colonia y Paraguay actuales), en 1890.

DESPUES DE LA GUERRA GRANDE

Y como todo tiene su tiempo, la Guerra Grande dio paso a la anhelada paz, el 8 de octubre de 1851. Con ella se iniciaba una etapa de gravitación fecunda en el desarrollo de Montevideo y, por supuesto, de todo el país.

Se abre así a la curiosidad de nubes de viajeros, lo que ha dado en llamarse el Uruguay moderno. Llegan así, a Montevideo, en lo que resta del siglo, para citar algunos nombres, ingleses como C. B. Mansfield, William Hadfield, Woodbine T. Hinchliff, W. Parker Snow, Thomas J. Hutchinson, H. C. Ross Johnson, T. H. Murray, Richard F. Burton, G. Morand y W. R. Kennedy; alemanes como Paul Wilheim Wurtemberg, Otto Grashoff y Hermann Burmeister; el estadounidense Frank Vincent; el sueco C. Skogman, los italianos Dr. Paolo Mantegazza y Angelo Scalabrini; los franceses Edmon Cotteau, Eugène de Robiano, Edouard Montet, Comte de Saint-Foix, Ernest Michel, Charles d'Ursel y Theodore Child; los españoles Manuel Llorente Vázquez, Fernando Villamil y Fernando Resasco; el argentino Santiago Estrada; el paraguayo Juan Vicente Ramírez y quien nos relata desde Buenos Aires las reuniones de los jóvenes montevideanos del 1870, el nostálgico Manuel Muñoz y Maines.

El corto espacio de que disponemos y la rica concurrencia de visitantes que arriba a nuestras costas, nos impide continuar las precedentes transcripciones que iluminan el período en que aquel Montevideo encerrado en la península pierde su pasado tradicional ante la incesante llegada de inmigrantes, extendiéndose de manera incontenible al fuerte impulso de una floreciente economía.

Época ésta de la segunda mitad del siglo XIX, de promotores infatigables del ahorro y de la pequeña propiedad como Francisco Piria, de las "alucinantes" operaciones económicas de Samuel Lafone, de Irineo Evangelista de Souza y de Emilio Reus.

Tiempos en los que la clase alta montevideana levanta sus suntuosas residencias que embellecen el Prado, el Paso del Molino y Atahualpa, mientras se suceden, por la conquista del poder político, motines, revoluciones, levantamientos e, incluso, muertes violentas de presidentes.

Ya en nuestro siglo, a partir del cese de nuestras guerras civiles, se inicia una nueva etapa política que emprende reformas sociales que innovan fundamentalmente la estructura jurídica del país.

Florecen las artes y la arquitectura: poetas, literatos, educadores, estadistas, políticos, científicos, nacidos en Montevideo, proyectan sus

RETRATO DE GIRO

Visité al presidente de la República, don Giró, quien me recibió en su aposento oficial de la Casa de Gobierno [...]. *Era un salón bastante amplio, lleno de escudos de Montevideo. En la sala contigua se hallaba el gabinete del jefe de gobierno. El presidente es un bello anciano de noble porte, distinguido caballero en toda su persona, hombre amigable y sencillo y sumamente prudente en su razonamiento* [...]. *El presidente me pidió que recorriera la República, ofreciéndome su asistencia y toda clase de recomendaciones. Este anciano señor me conmovió, al llegar caminando con la más torrentosa lluvia a la casa de gobierno, ya que no vive en el centro ni posee medio de locomoción.*

Duque *PAUL FRIEDRICH WILHELM VON WURTTEMBERG.*



Detalle de la Casa de Gobierno y su cuerpo de guardia (año 1891)

obras y realizaciones en el mundo americano.

De los 268.334 habitantes que se le asigna a la ciudad en 1900, pasa a tener 435.000 (en números redondos) en 1926 y 1.154.465 en 1963. Se redescubren sus maravillosas playas sobre el Río de la Plata, cuyas costas son modificadas a principios del siglo por las obras del puerto y años después por la Rambla Sur.

Montevideo —que salva, incorporándolos a la comunidad, jardines magníficos y parques privados que fueron gala de la pasada centuria—, adquiere prestigio internacional como ciudad balnearia. Y, desde luego, sigue intensificándose la llegada de viajeros calificados que difunden puntualmente sus observaciones en libros, diarios o revistas; entre ellos, "El Tigre" Georges Clemenceau, Anatole France, el príncipe Louis de Orleáns-Bragance, José Vasconcelos, José María Pemán, Waldo Frank...

Quizá algún día se pueda ofrecer, en un libro, una compilación de textos de viajeros de diferentes lenguas y de todos los tiempos. Un libro de imagen múltiple y no parcial y fragmentada como la que hemos ofrecido. Un libro tan sorprendente como curioso e insólito, con algunas inexactitudes y desenfoques, claro está, pero siempre apasionante, en el que junto a los relatos de los piratas que llegaron a nuestras costas, leeríamos el texto valioso de Murray, la crónica rimada de Martín del Barco Centenera, el belicoso testimonio de Manuel Llorente Vázquez y la prosa aguda y punzante de Theodore Child.

"EL DIA DE LOS CUCHILLOS LARGOS"

Los partidos políticos del país han estado divididos durante mucho tiempo en dos facciones, los blancos y los colorados. El partido Blanco había tramado una conspiración dentro y fuera de la ciudad para expulsar a los Coloradoes [sic], y colocar a su propio representante, estándose entonces por elegir un nuevo presidente. Una semana antes de mi arribo habían llegado secretamente rumores de este tipo, al Gobierno, y como Flores, el presidente, los había desechado por no creerlos, su hijo Eduardo decidió tomar el fuerte para proteger a su padre del partido enemigo. Es a esto a lo que me refiero al mencionar la apariencia excitada de la ciudad en mi primer desembarco.

El plan de los conspiradores fuera de la ciudad (encabezados por Berro, un presidente anterior, cuando los Blancoes [sic] estuvieron en el poder) era asesinar a Flores y tomar el Gobierno. Su intento comenzó primero tirando cohetes como señal, fuera de la ciudad y asesinando a todos los comandos colorados en la zona inmediata. El partido blanco luego procedió a tomar el cabildo, en el lado de la Plaza. Parte de la guarnición del fuerte estaba compuesta por soldados paraguayos; y habían sido sobornados por los Blancos para que se levantaran y se les unieran. Pero el gobierno, habiendo oído esto, los había trasladado a otro lugar la noche anterior. Cuando el gobernador Flores, que estaba en el fuerte, se enteró que el cabildo había sido tomado, partió solo en su carruaje hacia allí. Se habían emplazado tres grupos de asesinos mercenarios distribuidos en cada uno de los tres caminos por los que Flores debía aproximarse al cabildo, como imaginaron que él haría. Una de las emboscadas era una casa sin terminar por la que yo había pasado cinco minutos antes. Y cuando Flores se acercó, los conspiradores se precipitaron afuera, dispararon contra el cochero y los caballos, y lo apuñalearon hasta matarlo en su carruaje.

Berro, el líder de los Blancos, fue con una docena de sus partidarios hacia el fuerte para tomarlo, esperando que los soldados paraguayos que estaban allí desertaran inmediatamente y se le unieran. Mató a dos de los soldados que se le opusieron pero pronto fue dominado con sus acompañantes, aunque algunos de éstos lograron escapar en un bote hacia algún velero en el puerto. El hijo de Flores, Eduardo, que era muy joven, se enfrentó a Berro en el fuerte; no pudo soportar que éste se excusara diciendo que "si él no se hubiere adelantado, los de su propio partido lo habrían asesinado", ni permitió que divulgara quiénes eran sus aliados. Entonces, primero abrazó a Berro, que era un estupendo hombre canoso de mirada apacible, y que había sido su primer amigo; luego, retrocediendo, sacó su revolver y lo mató. Muy en el estilo de la tragedia española.

El presidente Flores era muy amado por sus soldados y respetado por el pueblo. La noticia de su muerte enfureció a la guarnición del fuerte, que inmediatamente marchó hacia el cabildo para tomarlo [...].

Cuando las tropas llegaron a la plaza, dispararon andanadas sobre la multitud para dispersarla. La catedral estaba a un costado y el cabildo en el otro. Durante toda una semana a los partidarios blancos de la ciudad se los sacó de sus casas y se los cazó y asesinó en las calles por todas partes, tal era la furia de la soldadesca, hasta que apareció una proclama pública prohibiendo la matanza y ordenando que el partido culpable fuese juzgado justa y legalmente. Veinte cadáveres yacían en la prisión e insospechables inocentes sufrieron. Un pequeño ejército de los blancos fue completamente destrozado fuera de la ciudad. Todos los comerciantes ingleses cerraron sus casas y el comercio estaba completamente paralizado. Todos se armaban con un revólver. A nadie se le permitía estar en la calle después de las ocho de la noche. No se veía nada en ella sino los serenos —como nuestro "viejo Charlies"— con linternas y un estoque, gritando las horas de la noche. Veintinueve de los ciudadanos principales —uno de ellos hermano del general Flores— permanecieron en el cabildo toda la noche para guardarlo, y por la mañana fueron encontrados todos muertos por el cólera. Así, con crímenes al por mayor y con el cólera rugiendo por todas partes, [Montevideo] resultaba una variante muy desagradable respecto de Inglaterra.

Rev. T. H. MURRAY.
(Traducción del inglés
por Hortensia Campanella)



Fragmento del boceto para el cuadro titulado "La muerte del General Venancio Flores" por Juan Manuel Blanes.

1868 - 69: RIÑAS Y PELEAS

La riña de gallos es todavía favorita de algunas clases, especialmente entre los caballeros de la vieja escuela, el militar y el clérigo. Todos van armados, con un cuchillo por lo menos, más a menudo con un revólver. Al local lo llaman acá Reñidero de Gallos; en Corrientes, Circo de los Gallos; en Lima, Coliseo, y en otras partes Arañadal de Gallos. Generalmente es un anfiteatro de madera precariamente construido, con tres o cuatro hileras de bancos levantándose en torno de un redondel cubierto de aserrín. Tiene la forma de una bañera de quince pies de diámetro, con paredes de dieciséis pulgadas de alto levantadas oblicua o perpendicularmente, de lata, madera o esterilla. Las dos filas más bajas están en su mayoría reservadas, lo que demuestra que son privadas. Las que están a nivel del piso son a la vez "boxes" que contienen, cada uno, el ave entrenada; a los gallos que no se utilizan en el momento se los ata por una pata, desperdigados por el local, que resuena con su belicoso cacareo. Son pequeños, comparados con los de sangre inglesa; su alimento habitual es trigo y carne cocida, y son entrenados con baños y masajes y ocasionales encuentros de práctica. Los argentinos en esta materia están muy por detrás de los españoles, y los Moslems de la India están una centuria más avanzados que ambos: pueden entrenar un gallo para atacar a un hombre o a un perro. El espolón no es tan artificial como el nuestro o el de los hindúes; es de metal y ahuecado para que ajuste sobre el arma natural, cuya curvatura imita. Se demuestra escasa habilidad en la elección del ángulo y las aves, en vez de ser alzadas, simplemente son arrojadas al pozo. El entretenimiento es muy lento y a menudo pasan horas antes de que se concerte una buena pelea. Como regla para los extraños: "apostar al Colorado", o gallo rojo; y si hubiera dos, apostar al más rojo.

El pugilismo [el autor se refiere a peleas por las que se intercambiaban apuestas], expulsado del Viejo Mundo, parece llamado a encontrar un hogar en el Nuevo. Recientemente una pelea por $ 2.000 de cada lado tuvo lugar en el Cerro entre un individuo de Manchester y un "Americano". Muchos nativos la presenciaron con gran "engoument"; por las referencias estaban preparados para encontrar el espectáculo más brutal de lo que es, y quedaron encantados con su juego limpio. Antes de que yo dejara el Plata se había concertado otra pelea entre el Profesor Cox y Mr. Jack Turner; la apuesta era de 200 libras y el campo neutral.

Capitán RICHARD F. BURTON

(Versión española por Hortensia Campanella)

EL GENERAL MAXIMO SANTOS EN EL TEATRO SOLIS

Por la noche fui a la ópera, un gran edificio con un atrio y un par de alas ovales de un efecto impresionante, que ocupa en conjunto toda una manzana [...].

Volviendo a la ópera, era una superficial pieza de Offenbach, cantada por una compañía española, acompañada por una orquesta de treinta instrumentos. Lamento no poder alabar a ningún ejecutante vocal o instrumental. Cuando salía me llamó la atención un curioso palco cerrado por celosías. Me informaron que estaba reservado para el uso de personas de duelo, que desearían tal vez oír una ópera sin ser vistas en tal función, estando en esas condiciones. Es una costumbre de la que me parece puede llegar a abusarse. Mientras estaba parado en la puerta para ver pasar a la "crema" me señalaron al general Santos, entonces presidente de la República —un hombre muy pequeño, delgado, con una cara despejada, inteligente, vestido con sencillas ropa civiles, y seguido por un enorme negro correctamente uniformado—. Me dijeron que el general probablemente estaba acompañado por media docena de guardaespaldas, pues el fantasma del asesinato siempre planea sobre las repúblicas de América del Sur.

FRANK VINCENT.
(Versión española por Hortensia Campanella)



El Prado Oriental, cita de familias que llegaban junto al estrépito del tranvía, a su mundo de paz (1895).

BIBLIOGRAFIA

ARECHAVALETA, J. — **Naturalistas en el Uruguay,** en Revista Histórica de la Universidad, tomo I, Montevideo, 1908.

ARREDONDO, Horacio — **Civilización del Uruguay —Bibliografía de viajeros— Contribución gráfica,** tomo II, Montevideo, 1951.

Un relato sobre nuestra vida rural a fines del siglo XIX y comienzos del XX. [Permanencia de Arturo Guillermo Hall en el Uruguay], en Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, tomo XXI, Montevideo, 1954.

Viajeros visitantes del Uruguay. Trabajo en equipo con la colaboración del coronel Rolando A. Laguarda Trías, profesores Eduardo de Salterain Herrera, Flavio García y Simón Lucuix y Dr. Carlos Basabe Castellanos, en Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología, tomo XV, Montevideo, 1957.

Estampas del viejo Montevideo — Usos y costumbres montevideanas — La vieja crónica espigada y comentada en relatos de viajeros visitantes de la ciudad — Siglo XVIII, en Anales Históricos de Montevideo, tomo III, Montevideo, 1959.

Estampas del viejo Montevideo — La Cisplatina portuguesa, en Anales Históricos de Montevideo, Tomo IV, Montevideo, 1961-1962.

BARRIOS PINTOS, Aníbal — **Cronistas de la Tierra Purpúrea — El Uruguay entre 1805 y 1852.** Selección de... Traducción del inglés por Hortensia Campanella Comesaña, Montevideo, 1968.

Jorge Augusto Peabody — **Diarios sudamericanos, 1858-1859.** Prólogo y notas de... Versión española por Hortensia Campanella, en Revista de la Biblioteca Nacional, Nº 3, Montevideo, marzo de 1970.

E. R. Pearce Edgcumbe — **Un banquero inglés en el Uruguay de 1886.** Presentación de... Traducción del inglés por Hortensia Campanella, en Fuentes para la Historia Social y Económica del Río de la Plata Nº 10 — sección Historia de la Cultura — Universidad de la República — Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo, 1971. (En prensa)

BRITO STIFANO, Rogelio — **El relato del viaje de William Toller al Río de la Plata en 1715,** en Revista Histórica, año XLIX, Nros. 67-69, Montevideo, 1955.

DI SEGNI, Rosanna - PELLEGRINO, Adela — **Bosquejos e impresiones de Montevideo — Selección de viajeros, 1850-1914,** Montevideo, 1969.

DUPREY, Jacques — **Voyages aux Origines Françaises de l'Uruguay,** Montevideo, 1952.

FALCAO ESPALTER, Mario — **El Diario de viaje de un inglés, en 1797** [John Constance Davie], en "Entre dos siglos - El Uruguay alrededor de 1800", Montevideo, 1926.

FERNÁNDEZ, David W. — **Montevideo en 1810 -** Advertencia de..., en Revista Histórica, año LX, 2ª época t. XXXVII Nros. 109-111, Montevideo, diciembre de 1966.

FURLONG CARDIFF, Guillermo - **La misión Muzi en Montevideo (1824-1825),** en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, tomos XI, 1934-1935 y XIII, Montevideo, 1937.

GARCÍA, Flavio A. — **John Mawe en el Río de la Plata,** en Boletín Histórico del Estado Mayor General del Ejército, Nº 92-95, Montevideo, 1966.

GONZÁLEZ, Ariosto D. — **Un campo de concentración en Durazno (1845),** en Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, t. XVI, Montevideo, 1941-

42. Iconografía de Montevideo. Prólogo de..., Montevideo, 1955.
GRUNWALDT RAMASSO, Jorge— **El viaje de Gaetano Osculati a la América Meridional durante los años 1834-1836,** en Revista Nacional, 2º ciclo, año XI, tomo XI, Nº 228-29, Montevideo, abril-setiembre de 1966.
MEZZERA, Baltasar Luis — Traducción del sueco y noticia de... **Brasil, Uruguay y Argentina en 1923,** por YNGVE NAUMANN y MATS HAEGER, 1969.
PENDLE, George — **Primeros viajeros ingleses en el Uruguay. Antología de los años 1688-1838,** en "Marcha", año XIV, Nº 628, Montevideo, 27 de junio de 1952.
REAL DE AZÚA, Carlos — **El último de los viajeros ingleses,** en "Marcha", año XVII, Nº 811, Montevideo, 4 de mayo de 1956.
Parish y Mackinnon - Los lúcidos británicos, en "Marcha", Año XX, Nº 919, Montevideo, 11 de julio de 1958.
Viajeros y observadores extranjeros del Uruguay - Juicios e impresiones (1899-1964), Montevideo, 1965.
Un testigo de la Cisplatina - L. Boutcher Halloram, en Revista Histórica, Año LVI, (2ª ép.) — T. XXXIII, Nros. 97-99, Montevideo, diciembre de 1962.
RODRÍGUEZ PARDIÑAS, Bernardo N. — **Las memorias del Teniente Samuel Walters (R. N.).** Traducción, selección, notas y comentarios de... en Boletín Histórico Nº 108-111, Montevideo, 1966.
RUBIO EGUSQUIZA, Carlos — **Fragmentos del "Diario de un soldado del Regimiento 71º de Glasgow", etc.** Publicado en 1819. Prólogo, notas y traducción de..., en Revista de la Sociedad "Amigos de la Arqueología", tomo III, Montevideo, 1929.
RUSSELL, Dora Isella — **Un Barco de Guerra Inglés en la Playa Capurro,** en Suplemento Dominical de EL DÍA, 2 de diciembre de 1962.
SOLÁ, Miguel — **Diario del viaje realizado desde Liverpool al Río de la Plata por Roberto Gibson en 1826-1827,** en Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, tomo XV, Montevideo, 1939.
VAZ FERREIRA, Raúl — **Viaje de William Toller a la Banda Oriental y Río de la Plata en 1715.** Estudio preliminar de... Advertencia de Edmundo M. Narancio, en "Documentos para la Historia de la República Oriental del Uruguay", t. II, editado por el Instituto de Investigaciones Históricas y Laboratorio de Zoología de la Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo, 1955.

Otros artículos y contribuciones documentales en periódicos y revistas:

MARCHA — Señoras y Misioneros, Prostitutas y Convictos Ingleses en Montevideo colonial. [Anónimo], Año XVIII, Nº 844, Montevideo, 21 de diciembre de 1956.
REVISTA HISTÓRICA:
Diario de la expedición del brigadier general Craufurd, por un oficial de la misma. Publicado por el Dr. José Salgado, tomos I, II, V, VI, VIII y IX, Montevideo.
Pernetty, Abate de — **Descripción de Montevideo durante la gobernación del Mariscal don José Joaquín de Viana (1763-1764).** Noticia preliminar y traducción por Pablo Blanco Acevedo, t. VI, Nº 16, Montevideo, 4º trimestre de 1912.
Relato de un naufragio en el Río de la Plata en 1817. Noticia preliminar por Juan E. Pivel Devoto, t. XXXIX, Nros. 115-117, Montevideo, 1968.
Fragmento del Diario de viaje de don Francisco de Paula Martínez y Sáez en la expedición española al Pacífico realizada en 1862. Noticia preliminar por Juan E. Pivel Devoto, t. XL, Nros. 118-120, Montevideo, 1969.
REVISTA NACIONAL:
Una fugitiva visión de Montevideo en 1857 [por Lina Beck-Bernard]. Año II, Nº 17, Montevideo, mayo de 1939.
Una visión de Montevideo en 1867 [por Santiago Estrada]. Año II, Nº 19, Montevideo, julio de 1939.

Las ilustraciones que integran este volumen fueron obtenidas directamente de los originales o copias que se encuentran en los Museos Históricos Nacional y Municipal y en la Biblioteca Nacional.

Editor director: DANIEL ALJANATI. Editores Asociados: MARIO BENEDETTO y WALTER PERDOMO. Director coordinador: JULIO ROSSIELLO. Secretario Gráfico: HORACIO AÑON. Fotografía: AMILCAR M. PERSICHETTI.

 Impreso en Impresora Rex S. A. calle Gaboto 1525, Montevideo. Julio de 1971. Comisión del Papel: Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.

Precio de venta al público, sujeto a modificación de acuerdo a la ley Nº 13.720 del 16 de diciembre de 1968 (COPRIN) $ 240.00.